

pacion de la fortuna que voy á confiarte; pero es esta fortuna tan colosal, que por mucho que hagais tú y ellas, no la vereis agotada.

—Estoy atónito con lo que usted me dice, y preveo que voy á ser el mortal mas dichoso que habrá en el mundo.

—Los primeros años lo serás; pero despues te sucederá lo que á mí, todo te fastidiará; y en medio de la mas alta opulencia, el hastio te avasallará de una manera horrible, y será tu dejadez tan estremada, que se te embotarán los sentidos y llevarás como yo los codos y las rodillas con remiendos. ¿Tendrás valor para pasar por semejante prueba?

—¿Pues no he de tener? Así como así, poco le falta ahora si no voy con los remiendos que usted dice, y si algun dia he de llevarlos, prefiero que sea por ser demasiado rico, que al fin y al cabo, como dice el refran, los duelos con pan son menos; y antes de que me canse de todo linaje de placeres, si es posible que yo me canse de ellos, habré pasado algunos buenos años.

—Siendo así, te nombro desde ahora administrador general de mis haciendas y único tesorero de todo el metálico de mi caja y del papel moneda, que no es flojo.

—¡Es posible!—dijo el criado con asombro—yo creo que estoy soñando.

—No, no sueñas—repuso Trifon con gravedad—vas á ser tesorero y administrador de la fortuna mas colosal del mundo;—y retozándole la risa en el cuerpo, se dijo para sí mismo:—y este salvaje cree que le voy á dar lo que yo quisiera para mí.

—¡Yo estoy loco de contento!—balbuceó el criado, cuyo cernicalo iba tomando visible incremento.

—Me alegro de verte así, porque tambien es condicion precisa que has de estar siempre alegre. Bastante que hacer tengo yo con mi habitual tristeza. No quiero que participen de ella los que me rodean, quiero, al contrario, que me distraigan y diviertan.

—Para eso nadie como yo. Siempre estoy alegre como ahora, é iré riendo y bailando delante de usted, como en Barcelona los gigantes que segun dice mi amo van delante de la procesion del Corpus. Pero dígame usted, siendo la fortuna de usted tan grandiosa, ¿no me dará su administracion mucho que hacer? ¿Me dejará tiempo suficiente para las bacanales y orgías?

—La administracion que te confio, no te dará quehacer ninguno.

—Eso es muy bueno.

—Yo no quiero cuentas.

—Tiene usted razon, las cuentas solo sirven para enredar los negocios.

—Ni plumas, ni papel...

—¡Mueran las plumas! ¡Muera el papel!—gritó el criado con entusiasta ardor.

—Si no hubiera papel, ni plumas, ni libros, ni cuentas, mejor arreglado andaria el mundo.

—Esa es la pura verdad—alegó el criado tomando un aspecto formal—los libros han sido siempre muy perjudiciales á las ciencias, muy nocivos para la moral pública, sobre todo contrarios á los progresos de la inteligencia humana. Con todo, habrá que notar lo que se vaya gastando en alguna libreta...

—No quiero en casa mas libretas que las procedentes de la tahona.

—¿Pues como sabrá usted?...

—Yo no quiero saber nada.... Lo que quiero es que se gaste, que se gaste mucho, que se derroche en grande, que se despilfarre á manos llenas....

—Pues si no es mas que eso—esclamó entre risotadas el criado—déjelo usted á mi cargo... apuradamente tengo yo las manos agu... agu... agujereadas...

La chispa del criado empezaba ya á no dejarle hablar con soltura.

—¿Conque aceptas mi proposicion?—preguntó Trifon, á quien tambien empezaba á pegársele la lengua al paladar.

—Acepto.

—Pues echa vino en las copas... esta vez ha de ser en las copas para brindar á la salud de nuestro convenio. Este acto solemne es lo mismo que si firmásemos un contrato.

—¿La copa de usted?

—Echa de lo bueno.

Y despues de estar el criado largo rato con el cuello de la botella apoyado en la copa de Trifon, dijo con sorpresa:

—O tengo telarañas en los ojos, ó no veo que chorree nada.

—¡Si me estás echando de la botella vacía!

—¡Y es verdad! ¡Qué travieso soy!

Y cogiendo otra botella puso la boca de ella mas allá del borde de la copa, y derramó el vino sobre los manteles.

—¿Qué estás haciendo?

—Lleno la copa de usted.

—Lo que llenas son los manteles de la mesa. ¿No ves que lo viertes fuera de la copa?

El criado soltó una carcajada, y dijo:

—¡No dirá usted que no tengo buen humor! ¿Verdad usted que soy travieso?

—Como una ardilla.

—Mire usted... Se me ocurre una ocurrencia.

—Vamos á ver la ocurrencia que se te ocurre.

—Que para celebrar el convenio con mas pompa... tome cada cual una botella, y llevándola á la boca á guisa de clarinete, despues de haberle quitado el tapon, por supuesto, nos engullamos el vino, sin echarlo en el vaso ni en la copa, donde siempre se queda algun desperdicio.

—Apruebo la ocurrencia; pero esta libacion es un acto solemne, y debemos verificarle de pié.

Nuestros dos héroes se separaron de la mesa, cada uno ostentando su correspondiente botella, y haciendo traspies para conservar el equilibrio.

Ambos á dos levantaron el codo á un tiempo; pero el nuevo administrador debió doblarse demasiado hácia atrás, y se cayó de espaldas, quedándose sentado sin soltar la botella.

—¿Qué es eso?—preguntó Trifon riéndose.

—No sé... me han dado un empellon en el pecho... ¿Quiere usted darme la mano para levantarme?

Trifon se aproximó á su tesorero haciendo eses, y le dió la mano.

Despues de haber estado tirando largo tiempo para levantarle, tuvo mas fuerza el que estaba sentado en el suelo, y cayendo Trifon sobre él, tropezaron las dos botellas, y el vino se derramó sobre ellos y sobre la magnífica alfombra que cubria el pavimento.

Terminados los primeros revolcones, halláronse los dos personajes sentados en el suelo frente á frente el uno del otro.

—¡Hola! amigo mio —dijo el criado—¿tambien le han dado á usted un empellon?

—Nadie me ha empujado... he querido sentarme para descansar...

—Aquí se está perfectamente... si no fuera por los empellones que dan los que pasan... ¡Válgame Dios, como llueve!...

Y tentaba la alfombra por donde estaba mas empapada en vino.

Trifon, cuya chispa no era del calibre de la de su administrador, despues que hubo descansado un momento, arrastróse hasta las butacas, y agarrándose á ellas, logró sentarse otra vez á la mesa.

Presentóse á sus ojos un nuevo estimulante á la bebida, en el cual no habia reparado hasta entonces.

Era un manojo de escelentes y legítimos vegueros.

Trifon llevó uno de ellos á la boca, y dijo:

—¡Cigarros de rey! es cosa demasiado selecta para dejarla á discrecion de cualquiera mano profana. Me los guardaré como una amistosa memoria del refrigerio con que me ha obsequiado mi antiguo amigo y compañero el señor de Mendilueta.

Y esto diciendo, guardó los cigarros en un bolsillo de su raida levita.

El criado nada oia de lo que Trifon hablaba, porque se habia caido hácia un lado, y en breve fué presa del dios Morfeo.

—¡Cómo ronca mi tesorero!— exclamó Trifon contemplándole.—Debe ser muy feliz en este instante... Su imaginacion avasallada por gratas ilusiones... Ese hombre me debe su actual felicidad... Ya veo que mi corazon no es tan malvado como todo eso... Voy tomando aficion á las buenas acciones... Me interesan las personas honradas... Todo es empezar... ¿Quién sabe si estoy destinado á ser un modelo de virtud? Lo cierto es que me pesa haberme lanzado á la carrera de los vicios. Es necesario hacer una reforma radical en mis costumbres... Si Mendilueta me rehabilita con la consabida cantidad... podré vivir sosegadamente. Empezaré por abolir el abuso de la bebida.

Y al decir esto, asió la copa que poco antes habia llenado para acompañar el consumo del veguero, y la libó con verdadero cariño.

—¡Abolir la bebida!— exclamó meditabundo, paladeando con estrépito el Jerez.

—Me parece una abolicion prematura. Lo pensaremos despacio.

Trifon tiró medio cigarro, y dijo:

—Me marea el humo... Parece que tengo sueño... Ya es hora de reposar el lobo... ¡Buenas noches!

CAPITULO XXII.

CONFERENCIA AMOROSA.

Cuando Eloisa hubo dado las instrucciones convenientes á Adela para que le bordase algunos pañuelos, esta respondió con humildad:

—Muy bien, señorita, así lo haré.

Retiróse Eloisa á su tocador, y Adela atravesaba pausadamente un salon embebida en las reflexiones siguientes:

—¡Yo bordadora para ganar la vida!... ¡Ejercer por oficio lo que hasta ahora solo habia hecho por diversion!... ¿Deberé avergonzarme de ello?... De ninguna manera. Y la primera señora para quien trabajo es la hija del capitalista que nos ha echado de nuestra casa!... Paciencia!... Es indispensable la resignacion... Es menester sofocar el orgullo. Adela, gana tu jornal con tu trabajo, bendice la mano que te lo proporciona... y ruega á Dios que no te falte mañana.

En este momento aparece un jóven bajo el dintel de la puerta, diciendo:

—¿Se puede entrar?

Adela retrocedió ruborizada, y dijo para sí:

—¡Es don Luis! Viene á verla... viene sin duda á hablarle de amor!

—¡Qué veo!—esclamó el conde de Campofrio reconociendo á Adela.—

¡Usted aquí, señorita!

—¿Es usted Luis?

—¿Por qué estraña casualidad tengo el gusto de ver á usted en esta casa?

—Tambien me sorprende encontrar á usted en ella —dijo Adela evadiendo su contestacion á la pregunta del conde.

—No tengo inconveniente en esplicar á usted el motivo de mi visita —alegó el conde —ya sabe usted, mi querida amiguita, que posee usted todos mis secretos. Pero antes de darle una nueva prueba de mi confianza, deseo saber de la salud de todos ustedes. ¿Su buena mamá de usted, mi querido Andrés, y sobre todo usted, hermanita, siguen bien desde que no nos vemos?

—De salud... perfectamente... todos estamos buenos, y doy á usted gracias por el interés que nos manifiesta.

—Dice usted que perfectamente de salud.... y esto me hace recelar que de otra cosa estarán ustedes tal vez disgustados.

—No sé qué quiere usted decir —dijo Adela fijando la vista en el suelo como temerosa de que se reflejárán sus desdichas en el candor de su semblante.

En efecto, el conde conoció que la pobre niña estaba ya enterada de un infortunio, que por muchos esfuerzos que hicieran doña Petra y Andrés para ocultarlo á la inocente jóven, era de todo punto imposible que dejase de saber muy pronto.

Don Luis cogió afectuosamente una mano de Adela, y dijo con ternura:

—Adelita, usted me oculta sus pesares.

—¡Yo, Luis!... —esclamó temblando la tierna jóven.

—¿Es posible que no le merezca á usted mas confianza?

—Crea usted que...

—Lo que yo creo... lo que veo muy claro, es que no me considera usted digno de su afecto.

—¡Qué injusto es usted!

—¡Yo injusto!... yo que rindo á usted una confianza sin límites... que le revelo todos mis gustos, todos mis pesares, todos mis secretos... no merezco seguramente la calificacion de injusto.

—Lo es usted, cuando dice que no le considero digno de mi afecto. Estas palabras me afligen... llenan mi corazon de amargura.

—Hermosa Adelita, bien sabe Dios que nunca puede ser mi ánimo afli-

gírala, y si le parece á usted severa mi amistosa reconvençion, la retiro con mucho gusto;—y sonriéndose añadió:—pero bajo una condicion.

—¿Qué condicion exige usted?

—Que me dé usted una prueba de ese afecto que me concede.

—¿No cree usted haber recibido ninguna?

—Pero ahora se presenta una nueva ocasion; y no trata usted de aprovecharla.

—¡Una nueva ocasion!

—Sí, amiga mia; sospecho que han ocurrido cosas estrañas en su casa de usted, y nada me dice de ellas.

—¿Las sabe usted, Luis?

—No por usted, y esto me mortifica.

—Precisamente por no mortificarle, por no ocasionarle un pesar, nada le habia á usted dicho del estado miserable en que nos hallamos.

—Creo muy bien que esa será la causa de su reserva.

—No lo dude usted, Luis: solo el temor de afligirle me hacia callar.

—No lo dudo conociendo su buen corazon; pero cuando yo revelé á usted que estaba arruinado...

—Entonces ignoraba yo nuestros infortunios, porque mi mamá y mi hermano han procurado que lo supiese lo mas tarde posible.

—Todos le tienen á usted consideracion, y la merece usted. Es digna de ella por sus altas virtudes. ¡Qué casualidad, Adelita! Hallarme yo arruinado en estos momentos! Yo que hubiera tenido una satisfaccion imponderable en hacer desaparecer para siempre todas las desgracias de ustedes!

—¡Cómo ha de ser! Lo peor de todo es que usted se vea privado de sus comodidades...

—Eso no es lo peor, sino lo de menos. Un hombre se ingenia fácilmente para ganarse la vida; pero toda una familia honrada...

—Una familia honrada halla la subsistencia en el trabajo.

—¡En el trabajo! Usted no ha nacido para trabajar, Adelita.

—¿Por qué no?

—¡Oh! no, no... de ninguna manera debo yo permitirlo. No debo considerarme como completamente arruinado... tengo fundadas esperanzas de hacer un arreglo... Este es el motivo de mi venida á esta casa.

—La señorita Eloisa debe interesarse mucho por usted.

—Así me lo dice su padre en una carta que acabo de recibir.

—Se conoce que le profesa á usted particular cariño.

—No lo he reparado.

—¿De veras?—preguntó sonriéndose Adela.

—Ahora no me habla usted con formalidad.

—¿Por qué no? Y aun estoy en la inteligencia de que usted corresponde á su amor.

—Me sorprende oír hablar á usted de ese modo.

—¿Porque he adivinado que ama usted á esa jóven?

—¡Yo amar á esa jóven!

—¿Que no?

—Estoy muy lejos de amarla, se lo juro á usted! En mi corazon no cabe mas que un amor, y hago aunque en vano todo lo posible para estinguirlo.

—¿Cómo así?

—Amo sin esperanza de ser correspondido.

—¡Usted! ¿Pues qué mujer no se creeria dichosa de que usted la amase?

—¡Oh! si fuera yo correspondido de aquella á quien amo...

—¿Le ha declarado usted su amor?

—No me atrevo.

—¿Por qué?

—Porque sé positivamente que su corazon no está libre.

—¿Quién se lo ha asegurado á usted?

—Ella misma.

—Tal vez no está libre su corazon—dijo con estremo rubor la enamorada jóven—porque usted le habrá esclavizado.

—¡Yo!

—¿Quien sabé?

—¡Adela! ¡Adelita de mi vida! ¡ay! no despierte usted en mí una esperanza que me desgarrará el alma al desvanecerse.

—¡No lo permita Dios!

Ambos amantes conocieron en este momento por sus significativas palabras y la manera afectuosa de proferirlas, el recíproco amor que en sus corazones ardía; pero Adela respetaba la distancia de categoría que les separaba, y el conde de Campofrio hacia esfuerzos por no declararse antes de

poder ofrecer á su amada un porvenir digno de ella.

Temerosa Adela, á pesar de lo mucho que aquella conversacion le agradaba, de que llegase á un punto en que sus esplicaciones pudieran ser imprudentes, y satisfecha ya con la seguridad que creia tener de que el conde correspondia á su amor, recobró su jovialidad, y dijo al conde: —

— Hemos estraviado nuestra conversacion.

— Es un extravío inocente — replicó don Luis. — ¿Le disgusta á usted?

— Las galantes frases de un amigo como usted no pueden nunca disgustarme. Me honran mucho, y lisonjean mi amor propio.

— No quisiera que las considerase usted cual meros galanteos. Son los verdaderos sentimientos de un amigo... ya que usted me dá este nombre, que ambiciona ser algo mas que amigo de usted.

— Está usted hoy de buen humor, Luisito.

— Siempre estoy contento al lado de usted, Adelita.

— ¿Y por qué es eso?

— Porque solo al lado de usted olvido todos mis pesares, todos mis infortunios, y me considero feliz. Y usted ¿se encuentra mal á mi lado?

— Voy á reprenderle á usted, amigo mio — contestó Adela sonriéndose.

— ¿Por qué razon?

— Porque me hace usted una pregunta que no debía hacerme.

— ¿He sido acaso indiscreto?

— Usted no puede serlo nunca para mí; pero ¿qué quiere usted que responda á la cuestion que me dirige?

— Lo comprendo, aun cuando se hallase usted mal á mi lado, la buena educacion le prohibe decirmelo. Sin embargo, mas que fuese por mera cortesania, hubiera tenido un placer imponderable en oirla á usted decir: «yo tambien seria feliz al lado de usted.»

— Hay cosas tan evidentes — alegó Adela ruborizada — que no hay necesidad de que se digan para que se conozcan. Pero repito que se ha estraviado nuestra conversacion.

— ¡Es tan interesante para mí!

— Tambien para mí; pero lo era igualmente mucho para los dos la que antes habia usted empezado.

— Solo me acuerdo que reprobaba la idea de que se pusiera usted á trabajar para vivir.

— Es una reprobacion injusta, amigo mio. ¿ Hay medio mas honroso de ganarse la subsistencia? Tan convencida estoy de que obro bien, que no solo he comenzado á hacer mis gestiones para proporcionarme trabajo, sino que he abrazado ya la profesion de bordadora, y he de empezar hoy mismo á bordar unos pañuelos de la hija del señor de Mendilueta.

— ¿ Me habla usted de veras?

— Y he de bordar en ellos una corona de condesa, segun las instrucciones que se me han dado.

— ¡ De condesa! Ignoro el origen de semejante titulo en la hija del banquero; pero ¿ qué me importa á mí?

— Yo habia sospechado si iria á casarse con algun conde — repuso Adela con malicia.

Campofrio estaba demasiado preocupado para entender la indirecta, y exclamó en tono de desprecio:

— ¿ Qué me importa á mí lo de esa mujer? — y asiendo la diestra de Adela, añadió con notable cariño: — Lo que yo siento, amable Adelita, es que esta mano de ángel se emplee en labores impropias de una jóven como usted, tan digna de ocupar una posicion brillante en Madrid.

— Eso es imposible, Luisito.

— ¿ Por qué razon?

— Porque no he nacido noble... ni soy rica...

— Tiene usted la única nobleza que yo respeto en el mundo: la de una mujer honrada.

— Esa nobleza no se pierde por el afan de ganar la subsistencia de una madre.

— A cada palabra que usted pronuncia, Adelita, encuentro á usted mas adorable... Es usted un ángel que ha puesto Dios en la tierra para consuelo de los demas.

Al oír esto soltó Adela una carcajada con candorosa coquetería.

— ¡ Se rie usted! — dijo el conde.

— ¿ No me he de reír? Tiene usted ciertas frases predilectas que sabe aplicárlas muy á tiempo.

— ¿ Se burla usted de mí?

— ¿ Cómo he de hacer burla de quien acaba de llamarme ángel?

— Porque lo es usted en efecto.

—Y el otro día lo era la señorita de Mendilueta... — repuso con significativa sonrisa Adela. — A lo menos así la llamó usted... y también le habló de sus actos benéficos... y qué se yo cuánto más.

— ¡Mi querida Adela! ¿sabe usted que no me disgusta la reprensión que acaba usted de dirigirme?

— Comprendo muy bien que no le disguste á usted oír hablar de una joven hermosa.

— Lo que no me disgusta es que se muestre usted así... algo celosa... porque dicen que los celos son hijos del amor.

— ¿Y cree usted que estoy celosa?

— No me atrevo á creerme tan dichoso que conciba usted celos por mi causa. Este sería un orgullo infundado, y muy ridículo en quien se mira poco menos que en la indignancia.

— El verdadero amor no se vende á precio de oro. Además, hace poco ha dicho usted que no era tan desesperada su situación, y este es precisamente el punto de la conversacion á que quería yo que retrocediésemos, porque me interesa mucho la felicidad de usted. Me decía usted que no debe considerarse como completamente arruinado... que tiene fundadas esperanzas de hacer un arreglo... y que este era el motivo de su venida á esta casa.

— Así es la verdad, Adelita; espero del señor de Mendilueta mi suerte ó mi ruina.

— ¡Dios mio!

En este momento se presenta Eloísa, y viendo juntos á don Luis y Adela, se detiene antes de ser vista, y escucha con viva curiosidad, despues de haber exclamado para sí:

— ¡El conde de Campofrío en conversacion con mi bordadora! Escuchémoslos.

— No sé por qué... — dijo don Luis — se me antoja que he de vencer mi mala estrella. Tal vez porque no tengo mas objeto que hacer la dicha de usted.

— ¿De veras? — preguntó Adela conmovida.

— Sí, Adelita de mi alma, abrigo la dulce esperanza de poder decir á usted muy pronto: «Adela, amiga mia, mi compañera de la infancia, la suerte me sonríe... quiero que usted participe de mi felicidad.» ¿Qué me contestaría usted entonces?

Adela esclama con júbilo :

— ¡ Ah ! ¡ Luis !

Eloisa se adelanta rápidamente y señalando el gabinete de Mendilueta, dice con impaciencia :

— Señor conde de Campofrio, mi padre le espera á usted.

— Con permiso de usted — dice don Luis inclinándose delante de Eloisa, y haciendo un ademan de cariño á Adela, se dirige al gabinete de Mendilueta, á donde le acompañaremos para volver despues á oír las quejas de las dos celosas rivales.

OPRECIMIENTOS.

Quando el conde de Campofrio entró en el gabinete de Mendilueta halló

sentado en un sillón con un periódico en la mano.

— Esta usted ocupado señor de Mendilueta? — preguntó don Luis de

verdaderos tanto á la puerta.

— ¡ Oh! señor conde! — exclamó el paduero levantándose — estaba le-

yendo los periódicos por no saber que hacer.

— Sentaría molestarle.

— Las visitas de amigos como usted no molestan nunca al contrario son

siempre muy agradables para mí.

Y esto diciendo, aproximose Mendilueta al conde, tendiéndole entre ambas

manos, con las cuales estrechó afectuosamente la que don Luis le presentó.

— Sin duda habrá usted recibido mi carta — continuó el paduero.

— Efectivamente, y me ha causado una verdadera satisfacción.

— La satisfacción será para mí si tanto la dicha de poder verle, sea

tiempos junto á la chimenea con vuestros como dicen los franceses, y habla-

remos con la franqueza de verdaderos amigos.

A cada lado de la chimenea, había sendos sillones de los que por lo blan-

cos y cómodos llaman los ingleses confortables.

CAPITULO XXIII.

OFRECIMIENTOS.

Quando el conde de Campofrio entró en el gabinete de Mendilueta hallólo sentado en un sillón con un periódico en la mano.

—¿Está usted ocupado, señor de Mendilueta?— preguntó don Luis deteniéndose junto á la puerta.

—¡Oh! ¡señor conde!— exclamó el banquero levantándose— estaba leyendo los periódicos por no saber que hacer.

—Sentiria molestarle...

—Las visitas de amigos como usted no molestan nunca, al contrario, son siempre muy agradables para mí.

Y esto diciendo, aproximóse Mendilueta al conde, tendiéndole entrambas manos, con las cuales estrechó afectuosamente la que don Luis le presentó.

—Sin duda habrá usted recibido mi carta— continuó el banquero.

—Efectivamente, y me ha causado una verdadera satisfaccion.

—La satisfaccion será para mí si tengo la dicha de poder serle útil. Sentémonos junto á la chimenea *sans façons* como dicen los franceses, y hablaremos con la franqueza de verdaderos amigos.

A cada lado de la chimenea, habia sendos sillones de los que por lo blandos y cómodos llaman los ingleses confortables.

Mendilueta hizo que el conde de Campofrío se sentara el primero en uno de ellos, y se repantigó despues en el otro.

—¿Fuma usted?—le preguntó presentándole una petaca de oro abierta, repleta de magníficos imperiales.

—Serán legitimos—dijo el conde.

—Y fabricados espresamente para mí en la Habana—añadió Mendilueta dándose tono.—Tengo allí mi casa de comercio, lo mismo que en Nueva-york y Buenos-aires... y me los mandan hacer que no sean demasiado fuertes y que tengan al mismo tiempo mucho aroma. Le enviaré á usted una caja de ellos...

—Mil gracias, pero no debo admitir...

—¿Cómo que no? Estas son cosas que no pueden rehusarse.

—Tomaré ahora uno....—dijo el conde sacándole de la petaca que el banquero le ofrecia.

—Ahora uno, y despues, si no quiere usted reñir conmigo, me hará el favor de aceptar una caja entera.

—Pero...

—Nada, nada..... no admito excusas..... se los mandaré á usted. Yo soy así... cuando simpatizo con una persona..... le daría cuanto poseo. Tenia excelentes informes de usted y de su antiquísima nobleza; pero desde que esta mañana me ha hecho usted el honor de preferirme á los demas para el arreglo de sus negocios, ha acabado usted de conquistar mi afecto y deseo el honor de merecer su amistad.

—El honor será inmenso para mí si usted se digna concederme la suya.

—¡Bravo! ¡bravo! desde este momento hemos de ser íntimos amigos, inseparables como Pilades y Orestes. Yo seré Orestes como mayor de edad, pues tengo entendido que era algo mas viejo que Pilades.

—Se conoce que es usted aficionado á los libros de historia—dijo el conde haciendo caer con el meñique la ceniza de su puro.

—Así, así... A los comerciantes nos falta el tiempo para dedicarnos á la amena lectura. Tenemos que contentarnos con la del Código de comercio.... las Ordenanzas de Bilbao y otros librajos de este jaez. ¿Qué le parecen á usted mis cigarros?

—Soberbios.

—No los fuma mejores el capitan general de la isla de Cuba.

- Yo lo creo, son excelentes.
- Me salen á cuatro reales el cigarro.
- ¡Cáspita!
- No son caros si se atiende á su calidad. Ya se vé, los derechos son tan crecidos... Pero á mí me gusta lo bueno, lo mejor, siempre lo mejor sin reparar en lo que cuesta ya que á Dios gracias me sobra el dinero.
- ¡Quien pudiera decir otro tanto!
- Lo dirá usted dentro de cuatro dias... en cuanto arreglemos los negocios de usted... Corre de mi cuenta pagar á todos sus acreedores.
- Si eso hace usted, por supuesto en calidad de préstamo y bajo las condiciones que usted crea mas convenientes, deberé á usted mi felicidad.
- Pues ya puede usted contarle por hecho.
- Me parece demasiado generoso el hijo de Agamenon para que crea en sus palabras—dijo para sí el conde.
- ¿En qué piensa usted?—preguntó el banquero.
- En que ha sido una gran fortuna para mí, el haberme dirigido á usted con preferencia á los demas capitalistas.
- No se arrepentirá usted de haberme hecho ese honor.
- Así lo espero.
- Sin que sea vanidad, amigo mio, tengo la satisfaccion de poder asegurar á usted que no hallaria usted en Madrid ni en España entera otro capitalista mas desinteresado que yo... mas amigo de hacer un favor...
- Asi se desprende de la carta que ha tenido usted la bondad de escribirme.
- Y mi hija es lo mismo que yo... generosa hasta la prodigalidad.
- Es una prenda muy apreciable.
- Que unida á las demas que posee, aunque me esté mal el decirlo, hacen de ella un tesoro de preciosas cualidades. ¿Verdad que no es de las menos hermosas?
- Es muy linda.
- Me gusta oirlo decir á los demas, porque mi opinion es demasiado interesada, y podria creerse que el amor de padre me ciega. Luego es muy elegante según fama, que tampoco quiero ser yo quien lo diga... Y como ha recibido una educacion esmeradísima... es preciso confesar que lo reúne todo. Así es que ha tenido siempre un sin número de pretendientes de los mas

encopetados de la aristocracia...

—Tengo entendido que el baron de la Rosa es el que ha merecido su predileccion.

—Eso hubiera querido el baron, y aun se me ha asegurado que iba vociferando por los círculos de la alta sociedad que se casaba con mi hija. El pobre baron no contaba con la huéspedea, y se ha llevado solemnes calabazas, como tantos otros que habian solicitado su mano antes que él.

—¿Aborrece su hija de usted el matrimonio?

—No le aborrece; pero tanto ella como yo nos andamos con piés de plomo cuando se trata de la materia.

—Nunca está de mas la prudencia.

—Lo que ella dice; porque ha de saber usted que calcula con mucho talento acerca de su porvenir. «Yo no quiero separarme de usted, papá, á no ser que encuentre un hombre enteramente á mi gusto. Si es noble y rico me alegraré mucho, me ha dicho mil veces, pero lo principal es que viva en absoluta independencia de sus parientes; y si no los tiene, tanto mejor, porque es tan desagradable tener que luchar con las cuñadas y primas...» Y lo que mas miedo la infunde es una suegra. «En una casa donde hay suegra y nuera, me decia el otro dia con mucha gracia, estalla al momento la guerra civil.»

—Y tiene razon en eso.

—¿No es verdad que sí? ¡Oh! ¡es muy chistosa cuando está de humor! ¡Ya desde muy niña ha tenido siempre unas ocurrencias tan graciosas! Pero lo mejor de ella es su buen corazon.... No puede ver lástimas.... en esto se parece á su padre.

—Cuando los padres son buenos...

—Ella tuvo la desgracia de perder á su madre siendo muy niña; pero yo me he esmerado en enseñarle la senda de la virtud, mas que con preceptos con el ejemplo.

—Es el mejor medio de educar á los hijos.

—Así ha salido un dechado de perfecciones. Ella ha sido la que me ha hecho escribir á usted en los términos que ha leído.

—Y que si, como espero, ocasionan el arreglo de mis asuntos, seré completamente feliz.

—Pues á ella, á ella y á nadie mas deberá usted su dicha. Quisiera que la hubiera usted visto... Una hermana no aboga con mas fervor por su her-

mano. « ¡Pobre conde! me decía, ¡verse arruinado sin tener él la culpa! Es preciso, papá, que usted le ayude á rehabilitarse... usted que es tan rico.... ¿qué mejor uso puede usted hacer de sus millones que salvar la fortuna y acaso el honor de un jóven tan bello, tan interesante como el conde de Campofrio? »

— ¿Eso decía?

— Y con lágrimas en los ojos... y en ademán de arrodillarse á mis piés.

— ¡Pobre Eloisa! Le viviré eternamente reconocido.

— Yo que ya necesitaba poco... porque, créalo usted, me quedaba un pesar tan hondo cuando le he dejado salir sin complacerle.... he tomado la pluma y he escrito á usted lo que me ha dictado el corazón.

— Gracias, gracias, amigo mio— dijo enternecido el conde.

— ¡Qué mal concepto habrá usted formado de mí cuando me he negado á satisfacer sus deseos!

— No señor, he creído que le era á usted imposible complacerme.

— Ya vé usted, los capitalistas, los banqueros, por buenos sentimientos que tengamos es preciso que hagamos todos los esfuerzos imaginables para aparentar que tenemos un corazón empedernido. Solo de este modo podemos vivir con tranquilidad, pues desde que se sabe que uno es generoso, no puede usted figurarse lo que se abusa de nuestra inclinación á la beneficencia.

— Lo creo.

— Es una cosa por demás. Todo el mundo pide favores... todos ponderan sus infortunios..... y lo peor de todo es que cree uno á veces favorecer á un desgraciado, y lo que hace es dar recursos á un holgazán para que fomente sus vicios. ¡He experimentado tantos desengaños! Pero todo esto no viene á cuento. Hoy tengo la fortuna de poder prestar un servicio á una persona simpática, digna por todos conceptos de mi protección, y desde este momento declaro á usted formalmente que puede contar con lo que valgo y poseo para el arreglo de sus negocios.

— Es usted generoso en demasía, señor de Mendilueta, y no sé como podré pagarle el inmenso bien que me hace.

— ¡Quiere usted callar!

— Quisiera sin embargo, que estipulásemos algunas condiciones que no fueran onerosas para usted... que estableciésemos un interés.... un tanto de comisión...

—Nada de eso, nada de eso, nada de eso.....— exclamó Mendilueta levantándose y arrojando á la lumbre el cigarro entero que se le habia apagado cuando empezó á fumarle.

—Algun galardón he de dar tanto á la generosidad de usted como á la de su amable hija—repuso el conde levantándose tambien.

—La amistad de usted, es para mí un galardón inestimable. En cuanto á mi hija..... ustedes se arreglarán. Solo falta que nos diga usted: necesito tal cantidad.

—Lo haré con toda la franqueza de un buen amigo.

El conde estrechó la mano del banquero, y salió del gabinete lleno de júbilo y de halagüeñas esperanzas.

CAPITULO XXIV.

EL DESDEN POR AMOR.

Retrocedamos al momento en que el conde de Campofrio se dirigió al gabinete de Mendilueta á consecuencia de haberle dicho Eloisa que su padre le esperaba.

Quedaron solas Eloisa y Adela.

Adela saludó á la hija del banquero en ademan de marcharse.

— Señorita, una palabra — le dijo Eloisa.

— Estoy á la obediencia de usted — respondió Adela.

— Tengo que hacerla una pregunta y espero que me responderá usted la verdad.

— Mis padres me han enseñado á no mentir nunca.

— Tanto mejor. ¿ El conde de Campofrio la ama á usted ?

— ¡ Señorita !

— Tal vez es indiscreta mi curiosidad.

— No digo eso.

— Pero me lo dice el silencio de usted.

— Usted conocerá que no me es fácil responder acerca de los sentimientos ajenos.

— ¿ No le ha dicho á usted alguna vez el conde que la ama ?

— Hace tiempo que nos tratamos con familiaridad.

—Un motivo mas para que se le haya declarado á usted con franqueza.

—Tal vez.

—¿Y por qué no me lo confiesa usted? ¿No le han enseñado sus padres á decir siempre la verdad?

—Pero no á revelar los secretos ajenos.

—¿Es decir que la ama á usted en secreto?

—No he dicho eso, señorita.

—¿Se avergüenza usted de que la amen?

—No señora.

—¿Entonces por qué calla usted una cosa que sabe como yo?

—Y si es cosa que usted ya sabe ¿por qué me la pregunta usted, señorita?

—No me niegue usted que el conde la ama, he oido parte de la conversacion y creo haber adivinado el resto.

—Hay una cosa que usted no ha podido oir...

—He oido todo el final de su conversacion.

—Me refiero á una cosa que es imposible que usted la haya oido.

—¿Por qué es imposible?

—Porque no la he dicho.

—Si usted no la ha dicho..... ¿cómo habia de oirla? —esclamó Eloisa riéndose entonces de mofa.

—Es una cosa que usted no me pregunta, y que sin embargo le voy á decir.

—¿Qué cosa es esa?

—Que yo amo al conde.

—Sea en hora buena.

—Le amo con delirio.

—Agradezco la franqueza con que usted se esplica.

—Ya vé usted como digo la verdad cuando no se trata de sentimientos ajenos.

—Lo veo efectivamente, y me gusta que sea usted franca; es una cualidad hermosa..... que yo tambien poseo, y voy á dar á usted una prueba de que no me aventaja en hablar claro. ¿Está usted dispuesta á prestarme atencion?

—Hable usted, señorita.

Eloisa tomó un aspecto de insolente superioridad, y dijo con altanería:

—Quiero ser condesa de Campofrío.

—¿Qué dice usted?—preguntó Adela sumamente conmovida.

—La verdad.

—¡La verdad!

—Ya vé usted como tampoco acostumbro yo á mentir.

Y diciendo esto soltó Eloisa una burlona carcajada.

—¡No es posible! ¡no es posible!—esclamó Adela como fuera de sí.

—Usted misma va á bordarme la corona de condesa.

—¡Qué humillacion!—pensó Adela, y luego preguntó:—¿Habla usted de veras, señorita?

—Hé dicho que no miento nunca.

—¿Y la ama á usted el conde?

Eloisa escarneciendo la modestia de Adela, remedió sus palabras de este modo:

—Usted conocerá que no me es fácil responder acerca de los sentimientos ajenos.

—El conde no puede amar á usted—dijo Adela con resolucion.

—El conde está arruinado—alegó la hija de Mendilueta con maliciosa sonrisa.

—Es verdad... está arruinado.

—Su porvenir depende del apoyo de mi padre.

—Él mismo me lo ha dicho.

—¿Y cree usted aun imposible nuestro enlace?

—¡Dios mio!

—¿No me responde usted? ¡Pobre niña! ¿Cree usted que mi padre le prestaría su apoyo, si no admitiese el conde mi mano? ¿Y sabe usted cual sería la suerte del conde sin la proteccion de mi padre?

—Acabe usted.

—La indigencia...

—¡La indigencia!

—Y el deshonor.

—¡La indigencia y el deshonor! Esto es horroroso...

—¿Y cree usted que en tal estado podria usted hacer la felicidad del conde?

—Usted se goza sin duda en mi tormento.

—Necesito esplicaciones que usted no ha querido darue. Le hacia una pregunta muy sencilla á la cual no ha querido responder. Yo soy mas franca, en no guardar la menor reserva. Yo queria hacer á usted dichosa, y usted no quiere serlo.

—¿Y qué exige usted de mí para hacerme dichosa?

—Que renuncie para siempre al amor del conde.

—Es imposible.

—De todos modos tendrá usted que renunciar á él.

—¿Por qué?

—Porque usted no puede hacer feliz al conde.

—Ni usted tampoco.

—¡Qué inocente es usted! Una sola palabra mia puede hacerle rico y dichoso.

—Rico tal vez; pero dichoso...

—Y una sola palabra mia puede mancillar su reputacion.

—Pero usted no la pronunciará...

—Sí, mancillar su reputacion que es hoy su única fortuna.

—¿Usted no pronunciará esa palabra, es verdad?

—¿Quién sabe? Si usted fuera mas prudente...

—¡Yo no sé lo que me pasa! Yo no deseo mas que la felicidad del conde.

—¡Qué inocente!... ¡Qué candorosa es usted! ¿Ha podido usted creer que el conde desea ser su esposo? Usted es una jóven muy linda y no es extraño que la enamoren á usted; pero ¿está usted segura de que no hay mala intencion en los galanteos que usted recibe?

—No entiendo ese lenguaje.

—Yo no diré que el conde de Campofrio haya tratado de seducir á usted... estoy muy lejos de dirigirle semejante injuria; pero una mujer jóven y hermosa, como es usted, debe desconfiar de los hombres. Los que parecen mas honrados y juiciosos, son á veces los mas hipócritas...

Adela hace un movimiento de indignacion.

Eloisa continúa de este modo:

—Repito que no aludo al conde, cuya honradez respeto; hablo de los hombres en general. Digo que los mas hipócritas son los que mejor fingen sentimientos que no poseen, y la infeliz que cree en sus halagüeñas pala-

bras, llora acaso cuando ya es tarde... cuando no hay remedio... cuando no se puede recobrar la honra perdida..... llora con lágrimas de sangre su candorosa credulidad. El mundo está lleno de esas victimas infelices que ciegameamente enamoradas de sus infames seductores, han creído ver en ellos sus ángeles custodios, y dejándose guiar por sus consejos, solo han abierto los ojos á la luz de la razon cuando ya se hundian en un abismo sin fondo. Reflexiónelo usted bien, amiguita, y no se deje fascinar por mentidos halagos ni engañadoras ilusiones.

—No refiriéndose usted á don Luis, es inútil cuanto me dice.

—No me refiero á don Luis ni á nadie; pero aludo á todos los hombres... hablo en general. ¿Qué medios nos quedan á las pobres mujeres para no caer en las redes de la seducción? La virtud y la razon. Estemos siempre alerta contra los que nos abrumen de galanteos, desconfiemos de sus promesas, y reflexionemos sobre todo acerca del interés que pueda hallar en nosotras el que nos dirija palabras de amor. Si somos ricas, puede la codicia inducirles á desear nuestros bienes; si nobles, puede halagarles su vanidad nuestra nobleza; pero si somos pobres y hermosas, no busquemos el verdadero amor en altos personajes, porque estos rara vez aspiran mas que á disfrutar de los encantos de una hermosa. Fingen otra cosa para seducirla; pero su verdadero deseo es criminal, y abandonan á su victima tan pronto como alcanzan satisfacerle.

—¡Señorita!—esclamó Adela horrorizada—ese repugnante cuadro no puede comprender la bella figura del conde.

—Sea usted cauta, y no olvide usted su estado plebeyo, su estremada pobreza, y la distancia que la separa de un jóven, que si no es rico actualmente, puede serlo cuando arregle su patrimonio, y que sobre todo pertenece á la alta sociedad de Madrid. Usted debe aspirar á una suerte mas lisonjera, que yo me encargaria de proporcionarle.

—Ya lo entiendo, usted quisiera que renunciase al amor del conde.

—Es lo que á usted le conviene, créame usted.

—Y en recompensa se encargaria usted de proporcionarme una suerte mas apacible.

—Ya se vé que sí.

—Y usted que tan perfectamente sabe sermonear á los otros, no tendria inconveniente en entregar su mano á un hombre que no posee su corazón...

que no la ama...

— Esa no es la cuestion,

— Es que á mí me ama.

— Es muy posible.

— Y nunca renunciaré á su amor.

— Tanto peor para usted.

— Será lo que Dios quiera.

— ¿Podria ser dichoso el conde casándose con usted?

— Y casándose con otra sería desgraciado.

— ¡Vaya un arranque de modestia! Créame usted, incauta jóven, abandone esas ideas románticas... esos amores...

— ¡Jamás!— exclamó Adela con enérgica resolucion.

— ¿Está usted resuelta á no olvidar ese amor?

— Me es imposible.

— Todo se olvida en el mundo.

— Se conoce que usted no ama.

— Dios me libre de incurrir en semejante necesidad.

— Pues entonces ¿qué quiere usted? Pero ya lo adivino: lo que usted desea es su nombre.

— Tal vez.

— Su nobleza.

— Es probable.

— El titulo de condesa es lo que lisonjea su ambicion.

— Puede ser.

— ¡Y se atreve usted á dar consejos de moral á las demas mujeres!

— ¿Por qué no, si los necesitan?

— Porque bien puede guardárselos para usted. ¿Qué debe esperar el conde de los sentimientos de usted?

— Yo le haré rico. ¿Qué puede usted hacerle?

— Yo le haré feliz— exclamó Adela con toda la vehemencia del amor.

— Acabemos. ¿Cede usted? ¿Renuncia á su amor?

— Nunca.

— Está bien: no eche usted á nadie la culpa de las desgracias que sobrevengan. Todas las habrá provocado el egoismo de usted.

En este momento se presenta precipitadamente el conde de Campofrio,

y corriendo hácia Adela, le toma la mano diciéndole con alegría:

—Adela, mi querida Adela, ha mudado el viento de mi fortuna...

Instigada por los celos esclama Eloisa:

—¿Señor conde?

Don Luis se inclina respetuosamente, y dice:

—¡Usted aquí, Eloisa! Gracias, mil gracias por sus bondades. Usted ha salvado mi honor, mi vida... Todo me lo ha referido su padre de usted... Es usted mi providencia, pues á no ser por su generosa intercesion, no me quedaba mas recurso que tirarme un pistoletazo.

—¡Qué escucho! —esclamó para sí la desdichada Adela.

—Señor conde — contestó Eloisa — mi accion es una cosa vulgar que no merece agradecimiento. He hecho lo que hubiera efectuado otra persona cualquiera en iguales circunstancias. He visto un amigo en el naufragio, y le he tendido una mano protectora. Si no hubiese hecho esto, hubiera faltado á los deberes de la amistad.

—Es usted muy buena... —dijo don Luis besando la mano de Eloisa.

—No todos piensan lo mismo... —repuso Eloisa mirando con intencion á la pobre Adela.

Esta infeliz se apercibió muy bien de la insolente mirada de su rival, y sufrió una nueva humillacion, mayormente cuando oyó la respuesta de don Luis, concebida en estos términos:

—Los que nieguen á usted la virtud de la generosidad, la calumniarán villanamente.

—¿Cree usted que todos piensan de ese modo? Estoy segura que hay alguna mujer que no me hace justicia.

—La que tiene un corazon tan grande, una alma tan generosa como la de usted, no debe atormentarse por lo que digan otras mujeres.

—¿Lo cree usted así? Yo soy tan susceptible...

—En este mundo siempre anda agitada la envidia, y usted atesora tantos merecimientos, que no es extraño escite la admiracion de las personas sensatas, y la envidia de las mujercillas vulgares.

—¡Qué afrenta! —esclamó para sí Adela, y no pudiendo contener sus lágrimas, llevó el pañuelo á los ojos.

—¿Llora usted, Adelita? —le preguntó el conde con cariñoso afan.

Adela no pudo contestar.



—Señorita—dijo don Luis á Eloisa—no estrañe usted la emocion de esta joven.

—¿Por qué llora?—preguntó Eloisa con aire de triunfo.

—Llora de alegría—alegó el conde.

—¡Pobre muchacha!—esclamó irónicamente la hija del banquero.—Es una desgracia tener el corazon demasiado sensible.

—Vamos, Adelita.....—dijo don Luis—no hay que afectarse de ese modo... ¿Le pesa á usted que recobre mi felicidad con mi fortuna?—

—Tiene usted razon—respondió Adela secándose las lágrimas y fingiendo una jovialidad que acibaraba mas su amargura,—yo no debo llorar cuando usted está lleno de júbilo..... cuando es usted completamente feliz.

—¡Bien! ¡bien! así me gusta...—dijo el conde.

—Se quieren ustedes mucho segun parece—añadió Eloisa.

—Es un afecto muy antiguo—respondió el conde.—Nos hemos criado juntos.

—Ya comprendo entonces la emocion de esa muchacha.

—Es muy natural..... Figúrese usted que nos conocemos desde la mas tierna infancia. Yo me eduqué en el mismo colegio que su hermanito... Los dias de fiesta saliamos á paseo Adela, su hermanito y su mamá, que es una señora muy buena y respetable, á quien tambien yo apellidaba mi mamá. Corríamos tras las mariposas ó nos entregábamos á los juegos pueriles de la inocencia, sin que hubiese nunca entre nosotros esas riñas ó altercados que los celos suelen producir siempre entre los niños; y cuando nos rendia el cansancio, cogiamos flores y cada uno de nosotros se esmeraba en hacer un ramillete que luego presentábamos á mamá. La amable señora le admitia con júbilo, y en premio de nuestro regalo, nos referia algun cuento ó historieta llena de moralidad, que escuchábamos con religiosa atencion. De esta manera descansábamos para emprender el regreso.

—¡Muy bien!...—esclamó Eloisa.—Son recuerdos llenos de poesia.

—Nunca olvidaremos aquellos felices dias—dijo el conde, y con ternura dirigió á la infortunada Adela estas palabras:—¿Es verdad, Adelita?

—Es cierto—contestó Adela con la sonrisa en los labios y el dolor en el corazon.

—Tambien vendrán ahora dias felices—añadió el conde con alegría.

—Para usted, amigo mio—repuso Adela.

—Y tambien para usted... si no me he equivocado en las esperanzas que esta misma mañana me ha hecho concebir. Y toda nuestra felicidad, Adelita de mi alma, la deberemos á esta señorita... que me ha evitado un crimen... No me quedaba mas remedio que el suicidio.

—¡Qué horror! —pensó Adela.

El conde continuó:

—Yo no habia nacido para soportar la miseria.

—Usted es digno de la brillante posicion que ha ocupado siempre —objetó la hija del banquero.

El conde de Campofrio dió un paso mas hácia Adela, asióla una mano, y le dijo sumamente afectado:

—Mañana me voy á Andalucía.

—¡Usted! —esclamaron á un tiempo las dos jóvenes.

—Es indispensable este viaje para saber positivamente la cantidad que necesito, y que con tanta generosidad me ha ofrecido el digno padre de esta señorita. A mi vuelta, querida Adelita, se arreglará todo muy fácilmente, y solo entonces diré á cierta señora á quien usted y yo conocemos: «Madre mia, muchas veces me ha dado usted el nombre de hijo... pues bien, quiero serlo de veras.»

Eloisa hizo un movimiento de enojo.

Adela, aunque turbada y balbuciente, respondió con dignidad:

—No, no hará usted eso.

—¡Cómo! —esclama asombrado el conde.

—Yo no puedo ser esposa de usted....

—¡Adela!

—Le quiero á usted como á un hermano —añadió la jóven sonriéndose; —pero nada mas.

—Pero...

—¿Le he dicho á usted alguna vez otra cosa?

—Hoy habia llegado á figurarme...

—Siento la equivocacion de usted.

—¡Adela! ¡Adelita mia! —esclamó con dolorosa expresion el conde —no esperaba que pagase usted mi amorosa pasion con tan desgarrador desden.

Adela profundamente conmovida, dijo para sí:

—¡Desden!.... si.... desden hijo del mas violento amor.

— En efecto, el desden de la desventurada jóven era una ficcion heroica... era una inspiracion del frenético amor que profesaba al conde de Campofrio.

— Le amaba de veras... le amaba como se ama cuando siente el corazon toda la lozania de la juventud... le amaba como se ama en el primer amor... porque le quería... porque le amaba con la misma ternura que á su madre... porque le adoraba con idolatría, hacia por él un sacrificio superior á sus fuerzas.

La enamorada niña sabia muy bien que no podria sobrevivir al dolor de ver á su amante en brazos de otra mujer; pero ¿qué le importaba su muerte con tal de que su amante se salvára? Hizose la precedente reflexion, y ella bastó para que tuviera todo el valor que su desesperada situacion exigia.

—Bajaré en breve al sepulcro — pensaba ademas la infeliz — y habrá en el mundo una desdichada menos, que de nada sirve... que es una carga para sus parientes.... que no hace falta á nadie. Todo lo que mi hermano gane con su trabajo bastará para él y para mi madre.... Tal vez no hubiera sido suficiente viviendo yo... porque lo que puede ganar una mujer es tan insignificante!.... ¡Valor, Adela! Sea él dichoso.... Renunciando á su amor.... fingiendo que no le amo, podrá elegir el objeto que le parezca mas digno de él, y en este caso... aunque sea sin amarla... porque yo sé que su amor es mio... recompensará con su mano... con su nombre... con su titulo de nobleza la generosidad de esa señorita, á quien no debo culpar por mas que sea la causa de todos mis infortunios. Ha salvado el honor de Luis.... ha salvado su vida.... Sin su proteccion.... bien claro lo ha dicho el conde... se hubiera tirado un pistoletazo.... Ella pues.... ella.... solo ella es digna de la mano del conde.

A consecuencia de estas reflexiones fué cuando Adela tuvo el suficiente valor para decir á don Luis:

—Le quiero á usted como hermano... y nada mas.

El desengaño fué terrible para el conde, que desesperado y loco no podia dar crédito á lo que oia.

—Ha desvanecido usted todas mis ilusiones — decia con los ojos preñados de lágrimas.

—¿Por qué, Luisito? ¿No hemos sido felices hasta ahora queriéndonos como á hermanos?

—Espero á lo menos que no me faltará nunca ese afecto. ¿Me lo promete usted?

—Yo siempre le querré á usted del mismo modo—contestó Adela contentiendo sus sollozos.—¿Y usted, amigo mio, no me querrá mal por mi franqueza?

—Usted no tiene culpa en nada... Todo ha sido una equivocacion mia... ¿Como es posible que la quiera mal? Será usted siempre mi querida hermanita... Yo ya sé que no es dable mandar al corazon... pero me llega tan tarde este desengaño!

El conde se quedó meditabundo. Eloisa se le aproximó pausadamente y le distrajo de sus meditaciones dirigiéndole las palabras siguientes:

—¿Señor conde? ¿Amigo mio?

El conde finje serenarse, y esclama:

—Eloisa, ruego á usted que me perdone... he venido á dar en su casa un espectáculo de sentimentalismo, que sin duda alguna le habrá parecido á usted extravagante.

—¡Oh!... no por cierto—dijo Eloisa.

—No lo estrañe usted: este amor habia sido el sueño dorado de mi vida, y... ¡Válgame Dios!... me equivoqué.... no tengo mas remedio que resignarme á mi mala estrella.

—Un jóven del mérito de usted—repuso con intencion la hija del banquero—no debe apurarse, cuando tan fácilmente puede hallar una persona digna de él, y que se crea dichosa en merecer su mano.

El conde, aparentando serenidad, se aproxima á Adela con aire jovial, y le dice:

—Adelita, quedaremos amigos ¿no es verdad?

—¿Puede usted dudarle, Luis?

—A mi regreso de Andalucía seguiré visitando á usted.

—¡No faltaba mas sino que hiciera usted otra cosa!... ¿Qué dirian mi mamá y mi hermanito?

—Es verdad, seguiré como siempre siendo de la familia.

—Eso ya lo evitaré yo—pensó Eloisa.

Don Luis exclamó para sí:

—¡Jamás, jamás volveré á verla!—Y en alta voz prosiguió vivamente

conmovido: — ¡A Dios, Adela! ¡A Dios, hermanita mia! ¡Quiera el cielo hacerla tan dichosa como merece!

— Gracias — respondió Adela con voz balbuciente, y prorumpió en copioso llanto.

El conde besó con pasión la mano de Adela, y queriendo saludar á Eloisa, solo pudo pronunciar esta palabra:

— Señorita...

— Hasta la vista, señor conde — dijo Eloisa.

El conde salió precipitadamente diciendo para sí:

— ¡Necesito aire!... ¡Las lágrimas me ahogan!

— Le he salvado — exclamó Adela con orgullo, y dando un prolongado suspiro, ocultó el rostro entre sus manos.

Las dos jóvenes quedaron solas.

Eloisa contemplaba á Adela con asombro y satisfacción á la vez.

Adela lloraba amargamente.

Después de una larga pausa, secóse Adela los ojos, y procurando recordar la serenidad perdida, dijo con humildad:

— Señorita...

— ¿Qué se le ofrece á usted? — preguntó en tono amable Eloisa.

— Me retiro, si usted me lo permite, á empezar mis labores.

— Como usted guste, Adelita — repuso Eloisa cariñosamente.

— Quede usted con Dios.

— ¡A Dios, hija mia!... No olvidaré nunca lo que acaba usted de hacer.

— Nada he hecho por usted.

— No diga usted eso.

— Absolutamente nada.

— Ha obrado usted con mucha prudencia.

— Por el interés del hombre á quien amo.

— Y por el de usted.

— Yo me moriré de dolor.

— No sea usted niña... siga usted por la senda que ha empezado, y verá usted como algun dia aplaudirá mis consejos.

— No he seguido mas consejos que los de mi conciencia.

— Me ha cumplido usted su palabra.

— ¿Qué palabra he dado á usted?

— Vamos, no se haga usted la desentendida.... Ha hecho usted por mí, mas de lo que yo esperaba.

— Repito que nada he hecho por usted.

— Eso lo dice usted por modestia.

— ¡ Por modestia!

— Por modestia que hace resaltar su generosa accion. Usted ha cumplido; ahora me toca á mi recompensar su conducta.

— Señorita, mi pobreza y mi desgracia no le dan derecho para insultarme...

— Insultar á usted cuando quiero pagarle...

— Baste ya de sarcasmos.

— ¡ Cómo sarcasmos!

— Si ha creido usted que yo vendia mi corazon, ha cometido usted un error muy grave. Guarde usted su oro... ese oro que mancharia mi pobreza. Si he sacrificado mi dicha, ha sido por él... ¿ lo oye usted?... solo por él... porque le amo... le amo con delirio... le amo mas que nunca.

Adela se ausenta llorando con desesperacion.

Eloisa abatida se queda meditando.

Un momento despues levanta la cabeza y esclama:

— ¡ Qué orgullo! En medio de su pobreza quiere ser mas grande que yo... ¡ Pobre niña! ¡ me da compasion!... Eloisa, tú serás condesa.

CAPITULO XXV.

LAS PROPOSICIONES.

La pobre Adela salía desconsolada de casa del banquero; detúvose un rato en la escalera para serenarse, emprendió su marcha, y apenas había andado veinte pasos, cuando un criado la alcanzó corriendo, y le dijo:

— Señorita, tenga usted la bondad de volver á subir.

— ¿A dónde? — preguntó Adela.

— A casa de mis amos.

— ¿Quiénes son sus amos de usted?

— El señor de Mendilueta y la señorita Eloisa su hija.

— ¿No sabe usted lo que quieren?

— Me han dicho que si usted se resiste, asegure á usted que se trata de su felicidad.

— ¡Mi felicidad! — pensó Adela — yo no puedo ya ser feliz.

Adela retrocedió, y el criado la acompañó hácia el gabinete de Mendilueta.

Era aquel un día de estraños acontecimientos para el banquero, y todos del mayor interés; acontecimientos que podían ocasionar su ruina y hacer rodar por el fango en un momento, una reputacion usurpada á fuerza de iniquidades, si no estuviera avezado á mirar con sangre fria los sucesos mas graves, para evitar á todo trance y sin pararse en los medios, cualquiera ocurrencia que pusiera en peligro su fortuna y su persona.

La visita de Trifon y el descubrimiento de la familia de Ibarrola, hubie-

ran aterrado á cualquiera que se hallase en la critica posicion de Mendilueta; pero este confiaba en la buena suerte que le habia sacado siempre de todo linage de apuros, y los nuevos sucesos que tan tenebrosos se le habian presentado en un principio, iban aclarándose de una manera satisfactoria para él, y le inspiraban no solo lisonjeras esperanzas sino cierta seguridad de triunfo que tranquilizaba su espiritu.

La treta de hacer conducir á Trifon al comedor, habia tenido el resultado que él esperaba.

Sabia ya, porque acababa de averiguarlo por sí mismo, que su antiguo dependiente y el criado que habia puesto á sus órdenes, estaban profundamente dormidos en dicho comedor, cuya puerta cerró y se guardó las llaves, calculando que no entrando nadie allí, no despertarian antes de que llegase algun agente de la autoridad, ó la autoridad misma á quien habia dirigido una comunicacion urgente.

Por este medio lisonjeóse de librarse de las impertinencias de Trifon, y evitar sobre todo que se pusiera de acuerdo con la familia de Ibarrola.

La marcha de Andrés, que con tanto júbilo habia aceptado una colocacion en Filipinas, era tambien un gran paso para recobrar el sosiego.

Faltábale solo granjearse la benevolencia de doña Petra y su hija Adela, cosa que le parecía sumamente fácil, atendido el miserable estado de estas dos mujeres, y los beneficios que podia prodigarles.

Ellas nada sabian ni podian sospechar, segun lo que habia declarado Andrés á Mendilueta; carecian absolutamente de documentos, y todas sus investigaciones acerca de la muerte del marino Ibarrola y del estado de su fortuna, habian sido infructuosas.

Como el banquero ansiaba vivamente granjearse cuanto antes el agradecimiento de la viuda y de su hija, despues de haberse asegurado el de Andrés, oyó con placer lo que Eloisa acababa de contarle de la señorita Adela Ibarrola, que fué nada menos que todo lo interesante de cuanto hemos referido en el capítulo anterior.

En la conversacion que habia tenido Eloisa con su padre, ponderóle las gracias, la juventud y estremada hermosura de Adela, hasta el punto de excitar su curiosidad y hacerle concebir un pensamiento digno de su crapulosa inmundicia.

—Aquí está la señorita de Ibarrola—dijo un criado.

Eloisa salió á recibirla, y tomándola de la mano, dijo:

—Entre usted, señorita, mi papá desea hacer la felicidad de usted.

Mendilueta presenta una silla á la recién llegada.

—Tenga usted la bondad de sentarse—dijo, y cuando Adela hubo tomado asiento, ocupó él otra silla á su lado.

—Me retiro, papá—dijo Eloisa, y dirigiendo una cariñosa mirada á Adela, añadió:—señorita, hasta luego.

Adela hizo una ligera inclinacion.

—Veo que no me han engañado, señorita, y que ni siquiera hay exageracion en los elogios que me han hecho de usted—dijo Mendilueta mirando con ternura á la inocente jóven.

—¡Elogios de mí!—esclamó ruborizada Adela.

—De la estremada belleza de usted, de su discrecion y de sus virtudes.

Efectivamente, Adela estaba encantadora en aquel momento. El rubor habia encendido sus virginales mejillas, y la tristeza que velaba sus delicadas facciones, contrastaba con el brillo que sus lágrimas recién vertidas, daban á sus negros y espresivos ojos.

—Desearia, caballero, que prescindiendo de lisonjeras frases, me dijese usted con qué objeto se me ha llamado nuevamente á esta casa.

—Ya se lo ha dicho á usted mi hija... con el objeto de hacer la felicidad de usted, así como presumo haber hecho la de su hermanito.

—¡Usted!

—Le parecerá á usted imposible despues de haber tratado á ustedes con tanta severidad como casero. No tenia entonces el gusto de conocerles. Creí que serian ustedes como tantos y tantos de los que viven en Madrid abusando de la bondad agena.

—Caballero...—dijo avergonzada la virtuosa jóven.

—Tranquílicese usted; no es mi ánimo ofender á una familia tan honrada. Ya se lo he dicho á su hermanito: quiero, por lo mismo, dar á ustedes un completo desagravio.

—¿Pero ha visto usted á mi hermano?

—Ha estado aquí esta mañana, y se ha llevado el retrato de su papá. ¡Qué torpe soy! he olvidado decirle que lo mismo podia hacer con todos los muebles embargados. Todo se acabó, y volverán usted á ocupar, cuando

quieran, la habitacion que tenian antes.

— No es posible, señor.

— ¿Por qué?

— Porque no tenemos para pagar los alquileres.

— Está usted en un error, hija mia; su hermano de usted tiene una colocacion brillante.

— ¿Se burla usted?

— No por cierto; yo mismo se la he proporcionado: una colocacion de doce mil reales de sueldo al año.

— ¿Qué es esto, Dios mio? — pensó Adela asombrada de lo que oia.

— He tenido el gusto de ver que su hermanito de usted salia de mi casa muy contento, y deseo que usted salga del mismo modo. Eloisa me ha contado la conferencia que ha tenido con usted, y sus amores con el conde de Campofrío.

— Desearia, caballero — alegó Adela enjugándose una lágrima — que no me recordase usted nada que tenga relacion con el señor conde.

— El sacrificio de usted es admirable.

— Es preciso para la felicidad del conde.

— Pero hace la desgracia de usted.

— ¡Es verdad!... — balbuceó Adela, y brotó de improviso un torrente de lágrimas de sus ojos, que la infeliz no pudo contener.

— No llore usted, hija mia... yo veré de arreglarlo todo... no puedo permitir que sea usted desgraciada.

— No cabe arreglo ninguno..... su hija de usted me ha dicho que quiere ser condesa, y que solo bajo esta condicion podrá el conde obtener la proteccion de usted...

— Yo quiero proteger al conde, es verdad..... he puesto á su disposicion cuanto necesite para salir de sus apuros.

— Y con eso salva usted su vida, porque de otro modo estaba el conde resuelto...

Adela no pudo terminar esta frase porque el llanto ahogó su voz.

— Tranquílcese usted supuesto que nada hay que temer. La fortuna, la reputacion y hasta la vida del conde..... están salvadas. Si verdaderamente usted le ama, debe causarle esto una satisfaccion imponderable. Pero yo no estoy contento..... pierde usted un protector poderoso y complaciente si el

conde se casa con Eloisa. Yo no quiero eso..... usted es digna de ser amada como la ama mi amiguito don Luis.... y no es cosa de dejarla á usted en el mundo sin apoyo... Me interesa mucho todo lo que concierne á la felicidad de usted, Adelita, créalo usted.

— Gracias, señor; pero no comprendo...

— Todo se arreglará...—y estrechándole una mano como si fuera un bondadoso padre, añadió Mendilueta: —tenga usted confianza en mí.... todo se arreglará.

La enamorada niña creyó ver en las palabras del banquero un rayo de esperanza que esparció el bálsamo del consuelo por su alma adolorida.

— ¡Seria posible, Dios mio! —pensó trémula como la flor cuando recibe los halagos de las brisas.

— Para mí —prosiguió Mendilueta con espresiva ternura —la felicidad de una niña tan linda y discreta como usted, es ante todo..... No le faltará á usted, Adelita, el amor que usted desea...

La candorosa Adela oía á Mendilueta con delicia y veneracion, como se oye á un padre en los supremos instantes en que da á sus hijos el consentimiento que anhelan y la bendicion que les hace dichosos.

— ¡El amor que yo deseo! —esclamó con exaltacion hallando muy bien sus manos entre las del banquero, que las acariciaba, y la jóven miraba al que juzgaba bondadoso viejo, con la complacencia que contempla el enfermo al médico que le da la salud.

— Ese amor es el que quiero proporcionar á usted, y con él una fuente perene de goces y de placeres.

— ¡Oh! ¡Seria yo tan dichosa!...

— Sí, lo seria usted, Adelita, al lado de un hombre que la amase á usted como el conde haya podido amarla...

— ¡Qué dice usted! —esclamó atónita la incauta jóven retirando precipitadamente sus manos de entre las del banquero.

— Que se declarase esclavo de usted..... despues de haberla rodeado de opulencia..... despues de haberla colocado en un palacio á usted y á su madre... con riquezas suficientes para satisfacer todos sus caprichos...

Adela se levanta esclamando con indignacion:

— ¡Señor de Mendilueta! ¿Es esa la felicidad que usted me propone?

— Siéntese usted, hermosa niña, y escúcheme con calma.

— Nada tengo que oír.

— Seré lacónico, y hablaré á usted con toda gravedad: la salvacion del conde, el bienestar de su madre de usted, la fortuna de su hermano, y un palacio deslumbrador donde goce usted todo linage de placeres... le ofrezco á usted un hombre prudente, cuyas canas son la mejor garantía que puedo dar á usted de su consecuencia.

— ¡Caballero! — gritó Adela con enojo.

— Tenga usted paciencia, niña — repuso con frialdad Mendilueta — me faltan pocas palabras que añadir. He presentado á usted la medalla por el lado que á usted le conviene. Si usted no acepta mis proposiciones, vuélvase usted y verá lo que hay en el reverso: Desprecios, penalidades, fatigas, hambre, muerte en el hospital!... Resuelva usted.

— Me ofrece usted la prostitucion y la riqueza por un lado, los trabajos y la virtud por otro, ¿y quiere usted que vacile? Guardé usted el oro para su hija... prefiero morir de hambre en el hospital, á comprar la dicha de mi familia por medio de la deshonra.

— ¡Deshonra! ¡Prostitucion! ¿Qué palabras son esas? — preguntó Mendilueta como asombrado de lo que acababa de oír.

— Lo que usted me propone...

— No deshonra ni prostituye á nadie — repuso el banquero levantándose con gravedad — pero usted, demasiado viva de genio, se ha creído con derecho para insultar mis canas, las canas de su bienhechor, antes de terminar mis esplicaciones. ¿He dicho yo una sola palabra que pudiera dar á usted la seguridad, ni siquiera la sospecha de que se trataba de un amor criminal? ¿He llegado á indicar el hombre que pudiera hacer la felicidad de usted con su amor?

Viendo Mendilueta que la primera tentativa salia mal, quiso sincerarse del mejor modo que le fuese posible para aguardar otra ocasion que pudiera presentársele mas propicia.

— ¿Cree usted, señorita — prosiguió Mendilueta — que no hay en el mundo mas hombre que el señor conde de Campofrio, capaz de llevar una jóven de humilde condicion á los altares y proporcionarle una brillante posicion social? ¿Cree usted que esceptuando el amor de don Luis, todos los demas amores son criminales?

— Yo no sé — repuso Adela, á quien las últimas esplicaciones del ban-

quero habian llenado de vergüenza y confusion — no sé sino que aquí no estoy bien... que necesito salir de esta casa...

—Las puertas tiene usted abiertas, señorita... Vaya usted con Dios... y no sea usted ingrata con quien tan de veras se interesa por su bienestar. Repase usted en su memoria nuestra conferencia; procure usted acordarse de mis palabras, y repito que no hallará usted una sola capaz de hacerle formar de mí un concepto desventajoso. Yo queria conciliar todos los extremos, contando con la prudencia de usted. Quería que se salvára el conde, sin que á usted le faltase la brillante posicion que el conde podia proporcionarle en la sociedad. Creí que otro hombre mas rico que el conde, tan honrado como él y que amase á usted, si no con la fogosidad de la juventud, que muchas veces se convierte en indiferencia y tal vez en ódio, con la prudencia de la edad madura, que rara vez deja de ser consecuente. Creí por último que tanto el conde como usted mejoraban mucho su critica situacion; pero usted ve las cosas de otro modo, y á pesar de la buena educacion que parece haber recibido, no ha tenido inconveniente en recompensar mis afanes con denuestos.

—Perdone usted, señor... —baluceó Adela.— Yo no sé lo que me pasa... no sé lo que digo... Solo conozco que mi presencia aquí está de mas... que todo es inútil, puesto que amo á don Luis, que únicamente su amor pudiera hacerme dichosa; pero he renunciado ya, y renuncio nuevamente á él... toda vez que de este sacrificio depende su felicidad.

—Está usted muy alterada, hija mia. Retírese usted..... piense usted, le repito, en nuestra conversacion cuando pueda hacerlo con calma, y si le ocurre á usted algun pensamiento favorable á mi idea de conciliar el bien de todos... ya sabe usted mi casa... en ella hallará usted siempre un protector de buena fé, un hombre avezado á prodigar el bien á los agradecidos; pero muy severo y acaso hasta vengativo é inflexible con los ingratos. Vaya usted con Dios.

Adela, que encendida por el rubor, habíase presentado en casa del banquero con el hermoso carmin de sus mejillas, mas bello que la púrpura de una rosa, volvíase á su alojamiento descolorida como la azucena, y embebida en tristes reflexiones que su débil fantasia no podia coordinar.

El banquero, así que la jóven le dejó solo, maldijo su falta de cordura en haber hablado á Adela de nuevos amores.

—No debía haberle ofrecido mas que oro y proteccion —decia para sí.—
Al verla tan linda he querido arriesgarme á una declaracion estemporánea, que no podia producir buen resultado. ¿Cómo habia de creer la niña en el amor de un viejo... y en un amor improvisado?... ¡Vive Dios que esta vez he cometido un disparate garrafal! Afortunadamente, aun en medio de mi necesidad, no he pronunciado ninguna frase que pueda comprometerme. La muchacha es orgullosilla, y al adivinar mi intencion, se ha resentido.... pero ella caerá mas adelante. ¿Qué corazon no ablanda el oro? Mi hija quiere que se lo dé á esa jóven en abundancia para que no le suceda con el cuarto novio lo que con los tres primeros; pero yo que no estoy acostumbrado á dar de balde, deseo cobrarme los réditos en amores. Es una niña preciosa, y la ocasion no puede presentarse mas oportunamente. Eloisa tal vez tendrá celos cuando lo sepa; pero debe conocer por otra parte que mi posicion social reclama esta mejora. Una querida jóven, hermosa, y que sepa deslumbrar con su lujo á las demas mujeres, da una importancia inmensa á todo caballero acaudalado. Mendilueta, el rico banquero Mendilueta no ha de ser menos en esta parte que otros mil personajes de la corte.

En este momento se presentó Eloisa azorada y trémula, diciendo: —

—Papá... papá...

—¿Qué hay de nuevo, hija mia?

—La policia acaba de invadir nuestra casa.

—¡Gracias á Dios! —esclamó Mendilueta — hace horas que la estoy aguardando. Retírate, y mándame un criado.

Y dejando estupefacta á su hija, Mendilueta se quedó otra vez solo, parado para recibir á la autoridad y sus agentes.

Antes que los individuos de la policia, se presentó un criado.

—Toma esta llave — le dijo Mendilueta. — Es la del comedor... allí están durmiendo Francisco mi repostero y un hombre mal vestido. Deja tranquilo á Francisco, que ya le arreglaré yo las cuentas á su tiempo, y haz que despierte y venga acá el hombre mal vestido. Dile que le aguardo, y te seguirá sin resistencia.

—Está bien, señor.

Y el criado desapareció.

CAPITULO XXVI.

PLEGARIA Y SOCORRO.

En una reducida habitacion, cuya escasez de muebles y pésimo estado de los que la decoraban, revelaban la pobreza de sus moradores, oraba arrodillada ante la deteriorada estampa de una Virgen, único cuadro que se veia en las denegridas paredes, una mujer macilenta, cuyo cadavérico semblante descubria la gravedad inmensa de sus padecimientos.

Terminadas sus fervorosas oraciones, levantóse con dificultad como si le faltáran las fuerzas, y se aproximó á un viejo jergon que estaba doblado en el suelo con una raída manta de Palencia que le cubria.

—¡Qué frio tan horroroso!— balbuceó la infeliz, y abrigándose con la manta, se sentó sobre el jergon.

Esta pobre mujer era doña Petra de Ibarrola, la viuda del marino que murió en casa de Mendilueta.

Si hubieran llegado á las manos de esta virtuosa madre los cuarenta y cinco mil duros que entregó su esposo al infame banquero, ni ella estaria ahora sufriendo todos los horrores de la indigencia, ni sus hijos andarian por las calles de Madrid mendigando trabajo para alimentar á su madre.

Novcientos mil reales forman una cantidad mas que suficiente para ase-

gurar el dichoso porvenir de una familia exenta de locas ambiciones y de execrables vicios.

El préstamo que hacia Mendilueta al conde de Campofrio con la siniestra intencion de dar un titulo de nobleza á su orgullosa hija, hubiéranle hecho los Ibarrola, sin mas deseo que el de salvar á un amigo, y este amigo, tan enamorado ya de Adela, y que tanto queria á la madre y hermano de la candorosa niña, tendria un nuevo motivo de agradecimiento y de estrechar los vínculos que le unian á esta respetable familia, casándose con la que era ya el idolo de su corazon, con la que no podia ser feliz sino con el amor del conde.

Este hermosísimo cuadro, en que la esposa y los hijos reciben el fruto de largos años de afanes y desvelos de un esposo adorado y de un padre cariñoso, este cuadro tierno en que los amigos dichosos socorren al amigo desgraciado, este cuadro interesante en que el reconocimiento se une al amor para galardonar á la virtud, este cuadro magnífico de júbilo y de prosperidad es el que la codicia de un hombre criminal ha destruido.

Y este hombre detestable, á quien tambien se le puede acusar de asesino, pues si no fué el primordial origen de la enfermedad del marino Ibarrola, fué indudablemente quien precipitó su desastrosa muerte, este hombre inicuo, este ladron de alta categoría, vive en un palacio suntuoso, rodeado de pompa y de vanidad, insultando no solo con su bojo, sino con sus sarcasmos y hasta con repugnantes proposiciones de eterna deshonra á sus víctimas.

¡Y es posible que haya en el mundo semejantes monstruos!

¡Amasar una fortuna con las lágrimas ajenas!

¡Vivir tranquilo y afanarse tras los goces materiales con el oro hurtado á los que han depositado en él su confianza!

¡Asesinar al padre!.... ¡robarle una fortuna adquirida á fuerza de luegongos años de fatigas y de peligros!.... ¡Dejar á su viuda y á sus hijos en la miseria!..... ¡gozarse en aumentarla arrojándoles de una humilde habitacion!.... ¡y ver todo esto con el alma tranquila y la sonrisa en los labios, solo cabe en un ente enjendrado en las entrañas de una hiena... en un monstruo con corazon de tigre!

Y para colmo de impudencia y avilantez, el asesino del padre queria mancillar el honor de la hija con proposiciones de amor, como si el verda-

dero amor pudiera surgir de un bajo pecho, semillero abominable de crímenes y de horrores.

Y en tanto que este mónstruo solazaba todos los deseos y caprichos de una hija orgullosa, en tanto que ambos eran respetados en Madrid como personas de elevada suposicion, la pobre viuda de Ibarrola y sus infortunados hijos sufrían toda suerte de humillaciones, sin hallar honrados medios de atender á sus mas precisas urgencias.

— ¡Cuánto tardan mis hijos! — exclamaba la desconsolada madre. — Me siento desfallecer, y seria malo que me diese un desmayo hallándome sola. Abriré la puerta por si esto sucede. Precisamente la señora Juana está enferma..... La pobre mujer no puede sacarnos de la indigencia; pero su compañía me daba aliento... y aunque no fueran grandes sus auxilios.... bastaban para evitar que muriésemos de hambre!.... Yo no sé ahora lo que va á suceder... Si Andrés ó Adela no traen algun recurso.... ¡Pobres hijos míos! después de tantos afanes para veros felices, he de ser testigo de vuestros infortunios! ¡Todo respira miseria en derredor de mí!

Y al hacer esta reflexion, la desventurada madre paseó una triste mirada por el desmantelado cuarto que habitaba.

Un momento despues oyó ruido como si alguien subiese precipitadamente la escalera.

El corazón de una madre rara vez se equivoca en sus tiernas sensaciones.

Doña Petra adivinó que su hijo subía la escalera, y arrojando la manta, olvidó su debilidad y su frio, y corrió á recibirle.

Llegó Andrés jadeante á la buhardilla, y aunque su cansancio no le permitía articular una sola palabra, conoció su madre que llegaba muy contento y esta idea alejó en aquel momento sus pesares.

— Parece que vienes contento, hijo mio — le dijo. — Siéntate en ese jergon, y cuando hayas descansado me referirás lo que ocurre.

— No necesito descanso — repuso Andrés — sino que he subido la escalera corriendo... pero no dice usted nada á mi compañero....

Y hablando así, entregó Andrés el retrato de su padre á doña Petra.

— ¿De qué medio te has valido para recuperar este retrato? — preguntó conmovida doña Petra.

— Como el marco es de madera vieja y no tiene ningun valor, me le ha devuelto sin dificultad.

La viuda besó el retrato, y le dejó en un clavo de los que casualmente había en la pared.

— Gracias, hijo mio — dijo enjugándose los ojos — has recobrado la joya mas preciosa que poseíamos; pero ¿cómo ha sido eso?

— No es solo lo del retrato, son tantas las cosas que he de referir á usted, que no sé por donde empezar.

— Lo mejor de todo es que te veo llegar contento.

— Y cuando usted sepa lo que ocurre, no dudo que participará de mi alegría.

— Habla pues, hijo mio.

— Ya se acabaron nuestros infortunios.

— ¿Qué dices, Andrés!

— Sí, madre mia, se acabaron para siempre.

— ¡Espíciate!

— Y lo mas agradable, lo mas satisfactorio para mí, es que tanto usted como mi hermanita, vivirán decentemente del fruto de mi trabajo.

— ¿Qué dices?

— No ganaré por ahora lo suficiente para proporcionar á ustedes una disposición brillante; pero sí para que vivan sin mendigar ajenos favores.

— ¿De veras, Andrés mio?

— ¡Todo, todo me lo deberán ustedes á mí! ¡Con que orgullo diré en todas partes: «yo mantengo á mi madre y á mi hermana.» Ya vé usted, madre mia, que empiezo á ser hombre de provecho.

— ¡Hijo de mi vida!

El hijo y la madre se abrazaron y permanecieron largo rato sin poder hablar, porque derramaban dulcísimo llanto, ese llanto cuya delicia solo conocen los buenos hijos y las buenas madres.

— He dicho que por de pronto no ganaré lo que yo desearia para que nada tuvieran ustedes que envidiar á nadie; pero se me han hecho concebir fundadas esperanzas de que haré una gran fortuna.

— ¡Dios lo quiera, hijo mio, Dios lo quiera!

— Desde ahora pongo doce mil reales anuales á la disposicion de mi madre.

— ¿Qué dices!

— Que pongo á la disposicion de usted mis honorarios.

Y al decir esto, Andrés estiró con entrambas manos el cuello de su ca-

misa y se compuso el corbatín, tosiendo con aire de importancia.

—¿Pero es eso seguro, hijo mio? —preguntó doña Petra temblando de alegría.

—Segurísimo, cosa hecha; pero... ¡Válgame Dios!

Y Andrés se quedó triste y meditabundo.

—¿Qué es esto? —preguntó con ansiedad su madre. —¿Por qué te quedas pensativo?

—No es nada, madre mia, no es nada.

—Has perdido el color... y cuando con mas alegría me hablabas... de repente una mudanza en tí, que me llena de inquietud.

—Todo lo que he dicho es cierto, madre mia; pero olvidaba una circunstancia muy dolorosa.

—¿Una circunstancia dolorosa!

—Sí, madre mia—prosiguió muy conmovido Andrés—dolorosa únicamente para mí, pues en nada se opone al bienestar de usted ni de Adela...

Lo que es á mí... y entre fuertes sollozos apenas pudo balbucear: —me desgarrá el corazón.

Y abrazando nuevamente á su madre, prorumpió Andrés en acerbo llanto.

—¿Pero qué es esto, Andrés mio? —preguntó sobresaltada su madre.

—No me acordaba de cierta condicion...

Doña Petra preguntó con impaciencia:

—Dime esa condicion.

—Que me he de separar de usted.

—¡Imposible!... esa condicion no puedes admitirla.

—Esa ha sido mi primera respuesta; pero luego he reflexionado que no era semejante motivo bastante poderoso para que renunciase á la felicidad de usted, y he admitido.

—¿Y crees tú que yo pudiera ser feliz separada de alguno de mis hijos?

—Madre mia, la separacion no será duradera.

—Andrés—esclamó doña Petra con dolorosa expresion—lo mismo me dijo tu padre la última vez que se despidió de mí.

—Se trata de una colocacion brillante en Filipinas.

—¡En Filipinas!... quieren poner el mar entre el amor de una madre y un hijo!...

—El mar no es una barrera, madre mia, y usted y Adela, cuando yo

tenga mi fortuna hecha, que al parecer será cosa de pocos años, vivirán otra vez conmigo.

— También tu padre quiso atravesar el mar en busca de una fortuna para su familia. ¿Has olvidado á donde fueron á parar sus afanes?

— ¡Madre! — exclamó Andrés en tono de súplica.

— De ninguna manera quiero que te separes de mí... — y cogiendo la cabeza de su hijo entre sus manos y llenando su rostro de besos, dijo entre sollozos con toda la espresion del amor maternal: — te perderia para siempre, hijo de mi vida, como perdí á tu desventurado padre. Te ruego que no me des este pesar.

— He empeñado ya mi palabra, querida madre.

— Busca una disculpa razonable.

— Cualquiera que sea la razon que alegue ¿qué dirá el señor de Mendilueta?

— ¡El señor de Mendilueta!

— Sí, madre mia, él es quien me proporciona esta colocacion.

Doña Petra se revistió de toda la autoridad de madre y en tono grave é imperioso, exclamó:

— Andrés, te mando que no aceptes semejante colocacion.

— ¿Por qué, madre mia?

— Porque antes que deber algo á ese hombre, prefiero morir de hambre.

Andrés se quedó aterrado.

Doña Petra se aproximó á su hijo, mas pálida que nunca, y con los ojos desencajados, le dijo en tono misterioso y enérgico:

— La primera vez que ví á ese hombre se estremeció todo mi cuerpo. No sé por qué... me infundia horror. Quise vencer aquella estraña emociion; pero cada vez que se me ha presentado, me ha hecho una impresion igualmente desagradable. Entonces no sabia por qué me causaba semejante efecto su visita. Me estremecia como si viera una furia infernal. Despues le he notado siempre al frente de nuestros infortunios, procurando exacerbar nuestro dolor, y con una sonrisa diabólica parece que se goza de continuo en ser el causante de todas nuestras desdichas. Andrés, huyamos de ese hombre...

De repente se abrió la puerta de la buhardilla como impelida por un resaca de viento.

— Doña Petra y Andrés volviéronse con sobresalto y vieron entrar á la pobre Adela azorada y llorosa.

— ¿Qué tienes, hija mia? — le preguntó su madre.

— ¿Qué es esto? — exclamó Andrés.

La desconsolada niña no podía contestar; queria empezar una frase, y los sollozos que se aglomeraban en su garganta hacian ininteligibles sus palabras.

— Tranquilízate, hija mia, ya me lo dirás todo cuando hayas recobrado tu calma.

— ¡Madre mia! — pudo articular por fin la desconsolada jóven, y el llanto manó á raudales de sus inflamados ojos.

— Llorá, llorá, Adela de mi corazón — dijo la tierna madre. — El llanto que se vierte en el regazo maternal, es siempre precursor del mas dulce consuelo.

— Sí, madre mia, necesito llorar... he reprimido tantas horas mis lágrimas!... ¡Deseaba con tanto ardor llegar á los brazos de mi madre!

— Ya estás en ellos, Adela. Dinos ahora el motivo de tu afliccion.

— ¿Qué te ha sucedido, hermana mia? — preguntó Andrés hondamente conmovido.

— Yo no sé.... — repuso Adela — he tenido que sufrir tantas humillaciones!...

— ¿En donde? — preguntaron á un tiempo doña Petra y Andrés.

— En casa de esa señorita...

— ¿De qué señorita?

— De la que me mandó á buscar para que le bordase unos pañuelos.

— ¿Pero quién es esa señorita?

— Yo lo ignoraba cuando fui en busca de labor, y me encontré con la hija del casero que nos arrojó de la casa que habitábamos.

— ¿La hija del señor de Mendilueta? — preguntó Andrés.

— La misma — respondió Adela.

— ¡Siempre ese hombre unido á nuestras desgracias! — exclamó doña Petra. — ¿Lo ves, hijo mio?

— Eso es incomprendible — repuso Andrés lleno de confusion.

— ¿Y qué te ha sucedido en esa casa? — preguntó doña Petra á su hija.

— Yo no lo sé — respondió Adela — me parece un horrible sueño cuanto

me ha pasado. Tanto el padre como la hija me han llenado de frases cariñosas intercaladas con insultos y amenazas.... La señorita se casa con nuestro amigo don Luis.

—¿Con el conde?—preguntó Andrés.

—Sí, con el conde de Campofrio—respondió Adela sollozando.

—¿Y el conde ama á esa señorita?—preguntó doña Petra.

—No señora.

—¿Y ella?

—Ella tampoco ama al conde.

—¡Es posible!

—Me lo ha dicho con toda claridad, no le ama; pero quiere ser condesa, y si el conde se casa con ella, el señor de Mendilueta se obliga á pagar todas las deudas del conde. Esto es lo que he podido comprender.

Y Adela ocultó el rostro entre sus manos.

Doña Petra, que aunque lo disimulaba habia adivinado la pasion de su hija por el conde, conoció al momento cuán acerba habia de ser la afliccion de su hija.

—Pero eso no debia afligirte de ese modo—dijo Andrés que no habia sido tan perspicaz como su madre.

—Calla, Andrés—repuso doña Petra.—¿A quién no afligen semejantes infamias? ¡Casarse con un hombre á quien no se quiere, á quien tal vez se odia, solo por ser condesa! ¡Y comprar á ese hombre el titulo y la mano con dinero! Eso es horroroso, y cuando recae en un amigo como Luis...—Y dirigiendo la palabra á Adela, añadió:—¿pero estás cierta de eso?

—Sí señora... he de bordar en los pañuelos de esa señorita la corona de condesa.

—¡Tú!—esclamó doña Petra con indignacion—de ninguna manera.

—Quería trabajar para mantener á mi madre.

—Tu madre no se mantiene con el fruto de la degradacion—esclamó con dignidad doña Petra.—¿Sabes que el padre de esa señorita pretendia tambien separarnos de tu hermano?

—¡Como!

—Quería mandarle nada menos que á Filipinas.

—Me ha dicho en efecto que le habia proporcionado una colocacion tan brillante, y que deseaba igualmente hacer mi felicidad.

— ¡Hacer tu felicidad! — exclamó con espanto doña Petra. — ¿Y de qué modo?

— Por nuestro decoro, madre mia, no debo contestar á la pregunta que usted me hace.

— Todo lo comprendo... ese hombre ha sido capaz de atreverse...

— Calle usted por Dios, madre mia.... He llorado..... he desahogado mi corazón en los brazos de mi madre, y he olvidado todas las ofensas que hoy se me han hecho.

— ¡Es posible! — gritó iracundo Andrés. — ¿Quién te ha ofendido hermana mia?

— Ahí tienes explicado el misterio de tu colocacion, Andrés — dijo doña Petra de una manera significativa. — Tu hermana es jóven y hermosa... han querido seducirla con grandes promesas..... De aquí á Filipinas hay largo trecho... De todos modos, aun cuando estas promesas se hubiesen cumplido... ¡qué hermosa felicidad hubiera sido la nuestra debida á la prostitucion!

— ¡Madre! — gritó Andrés iracundo — eso es horrible... semejante conducta no debe quedar impune. En nombre de mi padre, madre mia, permítame usted ir á castigar la audacia de ese mónstruo que ha querido deshonorarnos.

— No, hijo mio, de ninguna manera. En nombre de tu padre te suplico que serenes tu furor. En nombre mio te mando que no des el menor escándalo, pues todo el ridículo caeria sobre nosotros. Bastará que ni Adela ni tú os presenteis mas en esa casa; y si con esto perdemos la esperanza de salir de la indigencia.... ¿qué importa? Vivamos con honra y tengamos confianza en la misericordia de Dios. Venid, venid, hijos míos. Arrodillémonos delante de esta imágen. Ella será nuestra intercesora para con Dios.... oremos con fervor, y la Providencia se apiadará de nosotros.

Doña Petra y sus hijos se arrodillaron ante la Virgen, y no habian terminado aun sus oraciones, cuando oyeron la voz de uno que subia la escalera recitando los siguientes versos:

Criminal que entre oropéles

Perdiste la dulce calma

Siempre avasallada el alma

En horrible esclavitud;

No olvides que para el justo
 Existe una Providencia
 Que protege á la inocencia,
 Y da el premio á la virtud.

Era Lucas el pintor, el antiguo aficionado á comedias caseras, el novio de Cármen la ramilletera, el hijo de la honrada señora Juana, que llevaba un recadito para doña Petra.

Viéronle efectivamente entrar en la buhardilla con un cesto pendiente del brazo.

—¡ Buenos dias! —dijo Lucas al invadir la humilde morada.

—¡ Oh! buen Lucas —esclamó con alegría doña Petra. —¿Cómo está tu madre?

—Ya está buena, señora... no ha sido nada, gracias á Dios.

—Como no la veo...

—No es por falta de deseos de venirse por acá... pero.... ya se vé... eso de los dolores reumáticos es tan fastidioso.... Sentadita no le duele nada, duerme bien y come mejor; pero no puede moverse de su silla. Usted si que tiene mal aspecto, doña Petra, y eso no me gusta. No hay que desanimarse.... Despues de unos dias vienen otros. Me acuerdo de unos versos que he leído en no sé que comedia, y dicen así:

Nada por siempre dura.
 Sucede al bien el mal; al albo dia
 Sigue la noche oscura;
 Y el llanto y la alegría
 En un vaso nos da la suerte impia.

Lucas se equivocaba; pues estos versos no son de comedia alguna, sino de las poesías de Melendez. De todos modos estaban perfectamente aplicados.

—¿ Y vas ahora á la compra? —preguntó Andrés.

—Lo dice usted por el cesto —repuso Lucas riéndose. —Señorito, la compra se ha hecho esta madrugada, y lo que hay en este cesto es para ustedes.

—Madre —dijo ruborizada Adela —eso es demasiado.... no debemos aceptar...

—Señorita — alegó Lucas — si no vienen mas que cuatro frioleras.... media docena de huevos... un trozo de jamon... unos pastelillos.... alguna pera de invierno... una botella de Valdepeñas... pan... y qué sé yo...

—La señora Juana tiene sus obligaciones — repuso doña Petra, — y no puedo permitir....

—Es cosa puramente mia, señora — añadió Lucas — es una espresioncilla en celebridad de la mejoría de mi madre. Espero que no me harán ustedes un desprecio. Pero no me lo agradezcan ustedes esclusivamente á mí, porque cuando ayer dije á mi madre que hoy vendria á ver á ustedes, me dijo: «llévalas alguna cosilla y dáles muchos recados de mi parte.»

—¡Siempre generosidad y honradez en la clase humilde del pueblo! — pensó doña Petra, y añadió en voz alta: — Gracias Lucas, ya veo que eres tan bueno y generoso como tu madre; pero ten entendido que si repitieras semejantes obsequios, nos veriamos obligados á despreciarles.

—¿Qué es eso de despreciar? — dijo Lucas ahuecando la voz y tomando una posicion académica. — Entonces me pondria yo mas furioso que el *Moro de Venecia* cuando lleno de celos esclama:

Si Edelmira me hiciera el menosprecio.....

pero no, ustedes no pueden despreciar lo que se da con la mejor voluntad del mundo.

El buen humor de Lucas, disipó por largo rato los pesares de la honrada familia de Ibarrola; y cuando se ausentó el hijo de la señora Juana, aquellas víctimas de la execrable codicia agena, comieron y bebieron con avidez bendiciendo una y mil veces la mano que acababa de socorer su ya estremada necesidad.

Volvamos á ver á Mendilueta en los momentos en que solo en su gabinete aguarda á Trifon, despues de haberle avisado su hija que la policia está en su casa.

CAPITULO XXVII.

LA PRISION.

A los pocos momentos de haberse ausentado el criado, presentóse de nuevo acompañando á Trifon, y dijo:

—Aquí está el hombre mal vestido.

—¿Qué dice ese bárbaro? —dijo Trifon bostezando. —¿Quién le autoriza á burlarse de mi traje? ¡Me ha hecho gracia la espresion!... ¡Mal vestido!... Hay un refran que dice: *el hábito no hace al monge*; y así como suele haber personas muy honradas cubiertas de harapós... yo conozco algunos tnanantes con su levita y pantalon de riquísimo paño. No hablo ahora por usted, amigo Mendilucta.

El banquero hace un signo al criado, y este se retira.

Trifon prosigue:

—Hoy seria una ingratitud hablar mal de mi antiguo compañero y gefe. ¡Qué almuerzo!... ¡qué jamon! ¡qué perdices!... y sobre todo ¡qué vinos! Tiene usted una provision selecta. Bien hecho, amigo mio... cuando se puede gastar... Yo tambien quiero poner una escelente bodega para mi recreo... será lo primerito que haré cuando cobre aquella cantidad consabida... que espero será ahora mismo. Sin duda me llama usted para el arreglo de nues-

tras cuentas, y hacer las debidas particiones de cierto negocio social... Solo porque se trata de un negocio tan urgente, le perdono á usted el mal rato que acaba de darme. ¡Es tan delicioso dormir la siesta en una blanda butaca despues de haber comido grandemente y de haber estripado algunas botellas! Y á lo mejor de mi sueño, he sentido sobre mi hombro derecho el enorme peso de una mano asturiana... Creí que se me habia caido encima el campanario de Santa Cruz. He despertado con sobresalto, y en vez de verme sentado en el poyo de la iglesia, he notado que estaba aun en el magnífico salon, donde acababa de coger la mona mas agradable de cuantas monas han alejado muchas veces los remordimientos de mi conciencia. No estraño que mi antiguo compañero se provea de tan selectos cordiales; pues debe tener su conciencia mucho menos tranquila aun que yo... y el verdadero ron de Jamáica hace con los remordimientos, lo que el anisete con los flatos. Aun tengo la cabeza un poco turbia á consecuencia de haberme despertado antes de tiempo. De todos modos la siento bastante despejada para no dejarme engañar; y cuando mi amigo esté en disposicion de aflojar la mosca, que presumo será en este instante, supuesto que me ha hecho llamar interrumpiendo mi pacífico descanso, yo tambien me hallo dispuesto á zanjar la cuentecilla pendiente.

— Está usted de mas aquí, Trifon; yo no le debo á usted nada— dijo con gravedad Mendilueta.

— ¿Ahora me viene usted con semejante salida de tono? Pues entonces ¿á qué ha venido el singular obsequio con que usted acaba de favorecerme?

— Es usted pesado.

— Mas lo es usted que se anda con tantos rodeos para darme lo que me corresponde.

— Todo lo que sea mas de una pequeña cantidad de limosna, es una locura que lo espere usted de mí.

— Si no se tratara mas que de eso, no hubiera usted estado tan atento conmigo.

— ¿Cuándo?

— Cuando ha puesto usted un criado bajo mis órdenes para que me sirviera en el comedor.

— Creí que era usted mas prudente. Mi intencion era satisfacer el hambre que pudiera usted tener... y nada mas; pero usted se ha propasado...

—No he hecho mas que satisfacer mi hambre y mi sed.

—He cumplido con un deber de cristiano.... ahora ya puede usted marcharse.

—Es que todavía tengo sed!....— repuso Trifon sonriéndose de un modo original!

—Vaya usted á la taberna si quiere... estará en sitio mas adecuado á su posicion social.

—Es que mi sed es de justicia. Ya sabe usted que mi posicion social debe cambiar desde hoy. Acabemos, señor de Mendilueta, ¿me paga usted lo que me debe ó le llevo ante los tribunales?

—¡Usted á mí!

—Aun cuando tenga yo mismo que confesarme su cómplice.

—¿Qué comprobantes tiene usted en su poder?

—El recibo...

—Es todo una fábula.... una calumnia, que si llega usted á intentarla, solo servirá para que reciba usted el merecido castigo. ¿Sabe usted quién es Mendilueta?

—¡Un ladrón!

—No me ofenden los insultos de un hombre como usted, y mucho menos en el estado de embriaguez en que le veo; pero sepa usted que Mendilueta es un capitalista de los mas acreditados en Madrid, que todos respetan su envidiable posicion social, y su acreditada probidad.... ¿Cómo quiere usted vencer semejantes inconvenientes y luchar contra los medios de que él puede disponer, usted, pobre diablo, á quien solo conocen las gentes de mal vivir, por verle pordiosear en Santa Cruz y gastar en las tabernas el fruto de la caridad agena?

—Hay personas honradas que estarán á mi lado. El hijo del hombre de Barcelona...

—No sé de quien habla usted.

—El jóven Ibarrola...

—Le he proporcionado una brillante colocacion en Ultramar, que ha admitido con agradecimiento, y mañana ya no estará en Madrid.

—¡Qué oigo!

—Todos son mas prudentes que usted, Trifon.

—Y usted es mas pilllo que todos— dijo con rabia el pordiosero.

- ¿No se da usted por vencido?— preguntó riéndose Mendilneta.
- Trifon mira á todos lados con impaciencia, y dice:
- No hay remedio, he de ver á ese jóven;
- Tiene usted pocas horas para encontrarle.
- Yo sabré hallarle hoy mismo.
- Me parece que no.
- ¿Quién me lo impedirá?
- La policía.
- ¡La policía!
- Que está aguardando mis órdenes para conducir á usted á San Bernardino.
- Es usted fecundo en invenciones para amedrentarme; pero da la casualidad que yo no las creo.
- Tanto peor para usted. Si usted se allanase á la razon, tendría en mí un amigo que le sacaria de la miseria.
- ¿De qué modo?
- Proporcionándole de vez en cuando lo que necesitase para su bienestar. Acostumbrado á pordiosear... á vivir de limosna... á comer escasamente... á vestir de remiendos... ¿qué mayor felicidad que salir de semejante miseria?
- Y en vez de semejante miseria, ¿qué suerte seria la mia?
- Veria de proporcionar á usted una colocacion decente...
- ¿En Ultramar?
- Ó aqui en Madrid... donde usted quisiese.
- Mis necesidades son muchas.
- No serán tantas cuando vive usted ahora contento.
- Sé resignarme á todas las situaciones; pero ya sabe usted que soy hombre vicioso y de pasiones exaltadas.
- Las pasiones de usted y sus vicios se habrán moderado con los infortunios.
- No sé; pero tengo muchos deseos de ser rico.
- Todo es empezar, Trifon.
- Y en cambio de esa proteccion que usted me promete, ¿qué exige de mí?
- Poca cosa.
- ¿Por ejemplo?
- Tiene usted en su poder un documento que de nada sirve.

—Si de nada sirve ¿para qué lo quiere usted?

—No he dicho yo que lo quiera.

—Es verdad, siempre me precipito. ¿Y cual es el tal documento?

—El recibo en favor de Ibarrola.

—Ya, ya... y dándole yo á usted este papelucho insignificante, me ofrece usted su proteccion! ¡Vive Dios que da usted muy poca importancia á su proteccion, cuando la vende por un papel que ya no puede servir mas que para envolver especias.

—¡Otra vez!

—¿Qué hay?

—Que supone usted que yo quiero el recibo.

—¿No lo quiere usted?

—No por cierto.

—¿De veras?

—De veras no le quiero.

—Lo siento mucho.

—¿Por qué?

—Porque iba á dárselo á usted... se entiende, en pago de su prometida proteccion.

—Es un papel inútil para mí.

—¿Pues qué quiere usted?

—Que lo rompa usted en mi presencia, nada mas.

—¿Nada mas? Pues eso es muy fácil... solo hay una pequeña dificultad.

—¿Cual es esa dificultad?

—Una bicoca... que no se me antoja romperle.

—Piénselo usted bien, amigo Trifon... no sea usted simple.

—Lo tengo muy bien pensado, amigo Mendilueta, y... no sea usted machaca.

—¿Tiene usted presentes los dos caminos que pongo á su eleccion?

—¿De qué caminos me habla usted?

—El uno es el de la prosperidad, bajo mi proteccion.

—Renuncio á toda prosperidad que haya de alcanzarme por la buena voluntad de usted.

—El otro es el de San Bernardino.

—Es el camino mas corto—esclamó en tono de mofa Trifon.—Amigo

mio, hace muchos años que tengo noticia de sus tretas, y no me dejo embaucar tan fácilmente. Lo mismo que me he reído de su generosa protección, me río ahora del camino que me traza.

—Entonces nada más tenemos que hablar.

—¿No me da usted de bien á bien la cantidad consabida?

—No le debo á usted nada.

—Entonces se hará la reclamación en debida forma.

—Usted no tiene absolutamente nada que reclamar.

—¿Y cree usted que no he de encontrar hoy mismo al hijo del hombre de Barcelona?

—No sé quien es ese hombre ni ese hijo.

—El primero es el hombre á quien usted robó diez y seis años hace.

—Es usted un villano calumniador.

—El segundo es su heredero... el jóven Ibarrola.

—El jóven Ibarrola es un amigo á quien acabo de favorecer.

—Veremos pues quien triunfa.

Y Trifon se dirigía á la puerta, cuando abriéndose esta de par en par, presentáronse varios agentes de la policía, precedidos de un celador, que saludando á Mendilueta, preguntó:

—Caballero ¿á quien hemos de prender?

—Al llamado Trifon. A ese hombre ébrio y mal vestido, que viene á las casas á abusar de la caridad pública. Pueden ustedes conducirlo donde convenga.

—¿A mí?—gritó iracundo Trifon.—¿A dónde han de llevarme?

—A San Bernardino—dijo Mendilueta con imperio.

Después de un momento de silencio, durante el cual Trifon contempla con asombro la audacia de Mendilueta, se quita la servilleta que llevaba puesta aun como los chiquillos el babero, y arrojándola á la cara de Mendilueta, dice con energía:

—¡Canalla!

Los agentes hacen un movimiento amenazador.

—No le maltraten ustedes—dijo con dulzura Mendilueta—y háganse cargo del estado de embriaguez en que el pobrecillo se halla.

—Sígame usted—dijo con gravedad el celador.

Y Trifon desapareció custodiado por los agentes.

CAPITULO XXVIII.

POBREZA Y DESPRENDIMIENTO.

En uno de los sotabancos de una hermosa casa de la plazuela del Progreso, vivia Lucas el pintor con su madre la señora Juana.

La habitacion que ocupaban era sumamente reducida; pero mas que suficiente para dos personas como las citadas.

La madre y el hijo tenian sus respectivos dormitorios separados por otra pieza intermedia, que recibia excelentes luces, y era á propósito para cuando Lucas tenia algun trabajo que podia desempeñar en su casa, aunque generalmente trabajaba en compañía de su maestro, unas veces en el taller de este, otras en casas ajenas donde hubiese que empapelar ó pintar puertas y paredes.

Ya saben nuestros lectores que la señora Juana era una honradísima mujer, de mucha disposición para el gobierno de una casa. Así es que reinaba en la suya el mayor orden, todo se hacia por horas, sin alterar nunca por nada el metódico sistema adoptado, y aunque todo el ajuar era por demas sencillo y modesto, sentíase una agradable emoci6n al invadir tan humilde recinto, por la acertada colocacion de los objetos y la chocante limpieza que reinaba en todas partes.

Ademas de los dormitorios, y de la pieza intermedia de que hemos hablado, habia una cocina con su correspondiente despensa, y otro *accesorio* tan comun que creemos *escusado* nombrar, porque cuantos viven ó han vivi-

do en Madrid, saben que es rara la cocina donde no se haya creído *necesaria* la reunion de dos cosas, destinadas á usos tan distintos, que nos parecen estarian mejor lejos la una de la otra; y terminaba las posesiones de la señora Juana, una salita con su correspondiente tocador de nogal, que era el mueble mas lujoso de todas ellas; en esta salita solia recibir las visitas de mas cumplimiento.

Lucas habia salido de su casa á las once de la mañana, cuando hizo la visita á doña Petra, de que hemos hablado en otro capítulo, y en aquel momento se instaló su madre en la cocina, sentada en un cómodo sillón forrado de badana verde, para dirigir la confeccion de la comida, que ella no podia desempeñar á causa del reuma de sus piés, que le causaba mucha molestia al andar; pero que apenas se dejaba sentir cuando se hallaba repantigada en el sillón con los piés bien abrigados.

Otra señora, á corta diferencia de su edad, pues le faltaban tres ó cuatro años para los cincuenta, avivaba con los fuelles la lumbre del fogón, donde algunos pucheros de Alcoreón sufrían todo el ardor de las voraces llamas, con la impavidez de los Templarios, á quienes parecian imitar hasta en sus himnos, pues así como el Gran Maestro y sus compañeros murmuraban cánticos de inocencia, impertérritos nuestros cacharros, dejaban oír el sonoro murmullo de su hervor, mientras á su lado yacia un gato negro, que contemplaba con placer aquella escena, impasible como Felipe el *Hermoso* ante sus víctimas.

—Vea usted si está bien de sal—dijo la señora Brígida, que así se llamaba la amiga de la señora Juana, presentándole un cacillo con caldo.

La señora Juana le peladeó con toda la gravedad de una consumada inteligente, y dijo:

—Ya está bien.

La señora Brígida saboreó á su vez el caldo, y exclamó:

—Saldrá escelente el cocido.

—Aun hay que freir el hígado para despues... con mucha cebolla... Lucas se muere por la cebolla frita. Hace usted que esté bien doradita... Hay demasiada lumbre para eso; y si llega á quemarse...

—Pierda usted cuidado.

—Sentiria que saliese mal, toda vez que es el extraordinario de hoy.

—¿Y por qué ha de haber hoy extraordinario?

— Cuando hay convidados á la mesa, es preciso no dejarles morir de hambre.

— ¡ Convidados !

— No son convidados... pero sí convidadas.

— ¿ No he dicho ya que Carmen no viene ? — dijo la señora Brigida, que era la madre de la novia de Lucas.

— Es verdad... y lo siento mucho... y mi hijo lo va á sentir más que yo.

— Ya sabe Lucas que está hoy muy ocupada en hacer ramos.

— ¿ Y no podría hacerlos mañana ?

— No señora, porque los han de arrojar esta noche.

— ¡ Que lástima ! pues esta noche estarán en toda su frescura y lozanía, que aunque sean flores de invierno, es imposible que se marchiten en tan pocas horas.

— ¿ Que han de marchitarse ?

— Pues por qué quieren arrojarlas esta noche ?

— Es que son para arrojarlas en un teatro.

— ¡ Ah !... ya entiendo... eso que hacen de arrojar ramos y coronas... Siempre las irán á arrojar á alguna cantora italiana.

— Tengo entendido que son para una señorita que lo hace bastante mal.

— ¿ Lo hace mal y quieren tirarle coronas de flores ?

— Eso se vé todos los dias. La muchacha es muy jóven... y muy bonita por cierto...

— Dos escelentes circunstancias.

— Y como es la primera vez que va á pisar la escena...

— ¡ Quieren laurearla el primer dia !

— Para alentarla... Ya se ve, como su papá está loco por ella...

— ¿ Pero qué tiene que ver el amor del padre con el talento de la hija ?

— Es que es el padre el que ha hecho el ajuste de las flores.

— ¿ Qué me dice usted ?

— Si señora... media docena de coronas, veinte ramos grandes, y que se yo cuantos mas pequeños... ¿ Y usted no sabia eso ?

— ¿ Por dónde ? — preguntó riéndose á carcajadas la señora Juana.

— Pues Lucas anda tambien en esa trapisonda.

— ¿ Es posible ?

— Como que él y otros compañeros suyos, jóvenes todos de buen humor,

son los que se han de colocar en ciertos puntos del teatro para dirigir la evolucion...

— Me deja usted aturdida.

— No... no han dicho evolucion..... otro término así... parecido... no me acuerdo... y es una palabra que todos los días la pronuncian...

La señora Brígida se quedó meditando, mientras su amiga decía:

— ¡Qué muchachos esos! ¡Oh! Lucas es capaz de todo... y como siempre ha tenido tanta afición á las comedias..... El todas las noches ha de ir á un teatro ú otro. Y todos los cómicos españoles, lo mismo que los operarios..... quiero decir, los que cantan las óperas... le quieren mucho, no puede usted figurarse... como que le dejan entrar de balde en todos los teatros.

— ¡Ovacion!...—esclamó con alegría la señora Brígida dándose una palmada en la frente.—¿Sabe usted lo que significa ovacion?

—Ovacion... ovacion... no sé... Eso es que oiria usted mal... habrán dicho *oracion*.

— No señora, no, ovacion, y es lo que van á hacer esta noche.

— Pues, lo que yo digo, van á hacer *oracion*.

— No señora, ovacion, ovacion... se lo he oido decir muchísimas veces: «la ovacion será completa.»

—¿Y qué es eso?

—Yo lo sé todo, porque como lo hablan delante de mí..... Una *ovacion completa* es juntarse muchos para aplaudir á un actor muy malo, ó arrojar flores á una actriz que valga poco, ó coronas á un poeta que haya escrito una mala comedia. Esto es lo que he llegado á entender.

— Pero eso es una tontería.

— ¡Qué quiere usted! ¡Cosas de gente alegre! Se divierten así, y lo mejor de todo es que nos deja buenos cuartos. Ya, ya, lo que es Carmencita ya le llevará á Lucas buena dote. Y eso que no escasea nada para su madre.

— No faltaba mas... Pero señora Brígida, por Dios, que con la conversacion se le avinagra á usted el hígado.

— Le freiré para que se conserve mejor que crudo, ya que le tenemos en casa; pero le guardarán ustedes para cenar.

— Es demasiado indigesto para la noche. ¿Pero por qué no se ha de comer á medio día?

— Porque yo he venido á cuidar de usted, y no á que me den requisitos,

Si hubiese muchas personas convidadas, pero yo sola no merezco este agasajo.

Y esto diciendo puso la señora Brigida la sartén en la lumbre y dió comienzo al nuevo guiso.

— Usted friolo bien — repuso la señora Juana — y dejaremos que Lucas decida la cuestion.

— Como Carmencita no ha venido, tal vez se pondrá de mal humor.

— Si eso sucede... ¡Dios nos libre!

— ¿Tan sensible es el pobre muchacho?

— Seria preciso ir corriendo á la fonda en busca de algo.

— ¿Por qué?

— Porque cuando está de mal humor, come como un desesperado.

— ¿De veras? — preguntó la señora Brigida después de soltar una carcajada.

— Como usted lo oye.

— ¡Pobre muchacho! yo no creo que se incomode, ya se lo he dicho á usted, él sabe que Carmen está muy ocupada.

La animada conversacion de las dos amigas impidió que oyese las pisadas del que en este momento subia corriendo la escalera.

Un fuerte campanillazo sonó de repente.

— Esté es Lucas — dijo la señora Juana con alegría. — Hoy, como su maestro, se ha ido á los novillos, el pobre muchacho hace tambien novillos; esto es: tiene toda la tarde de huelga.

— Ya se conoce que es Lucas — repuso la señora Brigida.

— ¿Por qué?

— Por el campanillazo de amo de casa.

Y abriendo la señora Brigida la puerta, quedóse Lucas parado bajo el dintel, y con el sombrero en la mano, exclamó:

Salud, ilustres matronas,

Tan valientes como bellas,

Que al peregrino extraviado

Hospedais en vuestras tiendas!

— Deja en paz á las tiendas y á los tenderos — dijo la señora Juana — y cierra esa puerta, que entra un frio de mil demonios.

—Tiene usted razon —repuso Lucas acabando de entrar, y cerrando la puerta, besó la mano de su madre añadiendo: —¿Y como está usted, madre?

—Muy bien —respondió la señora Juana.

—Me alegro mucho.

—Me han probado perfectamente las friegas de aguardiente alcanforado que me has hecho esta mañana.

—Esta noche le haré á usted otras al acostarse, y mañana estará usted enteramente buena.

—Si cuidas á tu mujer como á tu madre —dijo la señora Brígida —harás un excelente marido.

—Ya se ve que sí —contestó Lucas dando afectuosamente la mano á la señora Brígida. —¿Y usted, sigue bien?

—Sin novedad, hijo mio.

—¿Y cómo no ha traído usted á mi futura?

—¿No sabes que está hoy muy ocupada?

—Es verdad, si ha de hacer ramos de todas las flores que esta madrugada hemos cogido...

—¿Has ido con ella? —preguntó la señora Juana.

—¡No que no! y hemos desolado varios invernaderos. ¡Buenas pesetas ha tenido que aliojar Carmencita; pero también hace buen negocio, y estoy cierto de que va á doblar el capital! Será preciso que nos casemos cuanto antes, pues si se hace demasiado rica, va á casarse con algun pollo de paletó. Unas tentaciones me dan de ponerme levita... La blusa y la chaqueta se han quedado ya para los picapedreros y albañiles. Un pintor.... un artista debe respetarse á sí mismo.

—Ya se ve que debieras ponerte levita —dijo en tono de vanidad la madre de la florera. —¿No lo consiente tu madre?

—Yo no me entrometo en esas cosas —repuso la señora Juana. —Lo que yo quiero es que sea hombre de bien y de provecho.

—Y qué ¿no lo soy? —preguntó en tono formal Lucas.

—Sí, hijo mio —respondió su madre.

—Pues siendo así... me decido por la levita... Quiero hacer honor á mi mujer... Veré de hacer algunos ahorros para vestirme de caballero el día de la boda .. y entonces.... entonces no permitiré que nadie me tosa. Dejaré al

maestro y manejaré de mi cuenta y riesgo la brocha gorda.

— ¡Siempre de buen humor! — dijo la señora Brígida.

— Me he puesto muy contento al entrar en casa.

— Eso es natural.

— Usted no sabe por qué, señora Brígida.

— Por el deseo de ver á tu madre.

— Ese deseo de ver á mi madre, y de verla con buena salud, siempre le tengo — y acaricié la barba de la señora Juana — pero hoy tengo otro motivo de alegría.

— ¿Y es?

— Una noticia que me han dado por la escalera.

— ¿Quién?

— Una señora muy linda.

— ¡Una señora! — exclamó su madre.

— Una señora que habla á gritos y se deja sentir de lejos. Que lleva muchas enaguas mas blancas que la nieve.

— ¿Y qué te ha dicho?

— Que hay un extraordinario en la comida..... un requisito que me gusta mucho. Yo soy como Gorostiza.

— ¿Y quién es ese caballero? — preguntó la señora Juana.

— El autor de una excelente comedia cuyo solo título vale un Perú.

— ¿Qué título es ese?

— *Contigo pan y cebolla* — dijo Lucas y gritó con entusiasmo: — ¡Viva la cebolla! Ya sé que la vamos á comer.

— ¿Pero quién te lo ha dicho?

— La señora de las enaguas, que habla mas que don Martin el de la Marcela. ¡ Bendita sea mil veces!

— ¿La Marcela?

— No, sino la señora que habla, y eso que yo no puedo sufrir á los habladores. — Y prosiguió declamando:

Me desesperan, me endiablan

Esos que hablan, y hablan y hablan...

— ¿Acabarás de decirnos quién es esa señora? — preguntó la señora Juana.

—Doña cebolla ella misma... Es lo mas charlatan que hay en el universo.... donde quiera que la frian... dice á todo el mundo desde lejos: «Señores, aquí estoy yo.»

Riéronse las dos respetables señoras, de los chistes y ocurrencias de Lucas, los cuales se prolongaron durante la comida; pero no toda la conversacion fué del género jocoso; hubo tambien su parte de sentimentalismo, sin duda para que tuviera el cuadro su indispensable claro-oscuro.

—¿Nada me refieres de tu visita á doña Petra?—esclamó la señora Juana.

—Calle usted, madre—dijo en tono triste Lucas—he salido de la buhardilla que ocupan, con el corazon desgarrado.

—¿Pero están ea una buhardilla?

—¡Y qué buhardilla! Baste decir que he tenido que hacer la visita en pié.

—¡En pié!

—Sin poderme sentar por falta de sillas.

—¡Dios mio! ¿Por qué no lo decías antes? Así que hayamos comido, llevarás nuestras sillas...

—Me harán volver con ellas.

—Pero si las necesitan...

—¡Vaya si las necesitan! doña Petra y la señorita Adela estaban sentadas en un jergon.

—¡Es posible!... ¿Y no quieres llevarles las sillas? Y mi sillón tambien les mandaria aun cuando tuviera que tenderme en el suelo con mi reuma.

—Llevaré las sillas; pero repito que me harán volver con ellas.

—¿Por qué?

—¿Qué sé yo? Entienden el pundonor á su modo.... Si viera usted el trabajo que me ha costado hacerles admitir lo del cesto... Y estoy seguro de que tenian hambre.

—¡Hambre!—esclamaron horrorizadas y á un mismo tiempo las dos respetables mujeres.

—Si señoras.... Si vieran ustedes á la señorita Adela.... tan hermosa y sonrosada en otro tiempo....

—¿Qué?...

—Está pálida como una muerta... Se me ha figurado que veia á la Huér-

fana de Bruselas, cuando el abate de l'Epée, asiendo á Enriqueta de la mano, dice á la marquesa de Belleville.....

Lucas se levantó, y con afectada entonacion declamó lo siguiente:

«Algún dia, me atrevo á asegurarle, algún dia os devolveré á esta jóven mas feliz y justificada. Hasta entonces cumpliré mi promesa sirviéndole de padre y defendiéndola de sus enemigos.»

—Esto de «enemigos»—continuó Lucas sentándose—lo dice el abate mirando al traidor Walter. Yo tengo mis sospechas, madre...

—¿De qué?—preguntó con afan la señora Juana.

—De que ha de haber algún Walter de por medio en las desgracias de la señora de Ibarrola y de los señoritos. Y acaso tambien alguna señorona llena de vanidad como la marquesa de Belleville.

—Déjate de cuentos—repuso la señora Juana.—Son infortunios que han ido viniendo de lejos... y nada mas. Yo misma los estaba previendo y aun he hecho sacrificios para alejarlos... No digo esto porque me arrepienta de ellos, muy al contrario, lo que yo quisiera es poder lograr que se vinieran á vivir con nosotros, y mantenerles...

—De mi trabajo ¿no es verdad? Aunque esto perjudicaria á Cármen, porque seria menos rico cuando me casara con ella; mas yo sé que tambien aprobaria...

—Ya se ve que lo aprobaria—se apresuró á decir la señora Brígida.

—La caridad no perjudica nunca á nadie—dijo á Lucas la señora Juana.—Dios recompensa pródigamente á los que socorren á la verdadera pobreza.

—Pero ¿cómo ha venido á ser tan estremada la de esa honrada familia? Parece que se haya escrito para ella aquello de:

Aprended flores de mi

Lo que va de ayer á hoy,

Ayer maravilla fui;

Hoy sombra mia no soy.

—No podia suceder otra cosa, hijo mio. Siendo muy niños la señorita Adela y el señorito Andrés, perdieron á su padre, que murió en uno de los viajes que hacia como marino que era.